

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Junio 1961

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio 0'70 NF - N° 845-90

La poesía en armas



III.- MARCOS ANA

Empleo el nombre Marcos Ana, que es evidentemente un seudónimo, porque así firma el autor el librito de poesías que he encontrado, *Te llamo desde un muro*, (2) y tendrá sus razones para quedar en el anonimato.

¿Quién es Marcos Ana? Dice Alejandro Romualdo en su prólogo: «Marcos Ana aún no lo conoce nadie. Pero para los carceleros de la Prisión de Burgos debe ser algo así como una deslumbrante llave de sol en medio de la más tenebrosa tiniebla. Porque Marcos vive cantando, rodeado de sombras por todas partes. Entró en la cárcel siendo un niño. Hoy, después de veinte años de tumba, sus ojos blancos, casi ciegos, reciben como en una solitaria pantalla las imágenes sombrías de la España franquista.» Pero no importa quién es, ni en qué pueblo nació, ni cuál es su filiación política, que desconozco. Es mejor que quede anónimo el poeta y que sólo sepamos que es español y preso por el horrendo delito de querer la libertad, porque así se convierte, como Vega Alvarez, en el símbolo de todos los presos españoles y de todo su pueblo oprimido por la dura bota de la dictadura, y en un sentido más amplio, de toda esta humanidad doliente que universalmente anhela un mundo más libre y humano que el que padece. El poeta mismo es quien mejor se revela en el poema titulado «Autobiografía».

Mi pecado es terrible: quise llenar de estrellas el corazón del hombre. Por eso aquí entre rejas, en diecinueve inviernos perdí mis primaveras. Preso desde mi infancia y a muerte mi condena, mis ojos van secando

(1) Imprenta Universitaria, México, 1957, 218 págs. (Ver n° 89).
(2) Unión de Escritores Democráticos del Perú, 1960.

su luz contra las piedras. Mas no hay sombra de «arcángel vengador» en mis venas: ¡España! Es sólo el grito de mi dolor que sueña...

Pero si no conocemos los datos concretos autobiográficos de este poeta, si sabemos que está preso en el Penal de Burgos, ergástula infame que fue objeto de un excelente folleto editado recientemente en inglés por la *Spanish Ex Servicemen's Association* (Asociación de Excombatientes Españoles de Inglaterra) que contiene una lista de los 399 presos políticos de esa cárcel, con sus nombres y el número de años que lleva cada uno allí y los que les quedan por cumplir. También contiene, entre otros datos dignos de estudio detenido y vergüenza universal de parte de los que sostienen la dictadura, una petición de los presos al ministro de Justicia (¡qué ironía!) en que se ve, en lo que piden lo que les falta: (3). Pedimos comida limpia y suficiente ropa decente. Vivimos actualmente con cargo a nuestras familias. Durante 10, 15 ó 20 años nuestras mujeres e hijos nos han mantenido con extraordinario sacrificio. Sin su ayuda y la del pueblo en general, hubiéramos muerto o contraído más enfermedades de las que nos afligen. Reclamamos comida sana y abundante para poder conservar la salud que nos queda, minada por tantos años de privaciones y de penas... 4). Tratamiento especial de las enfermedades. Condiciones sanitarias y comidas adecuadas para enfermos. Las medicinas deben ser costeadas por la administración y no por el paciente o sus deudos. Trasladar a los que estén enfermos de cuidado a hospitales donde se les pueda curar a la medida que su estado requiera. Velar por la salud de los reclusos, mejorar las condiciones higiénicas de salas y celdas para poder combatir y eliminar las enfermedades infecciosas. No han cam- de 1942 cuando Miguel Hernández murió, o mejor dicho, fué asesinado, en el Reformatorio de Adultos de Alicante a causa de una combinación de tuberculosis,

falta de asistencia médica, condiciones antihigiénicas y desnutrición. He aquí la descripción angustiada de Marcos Ana del Penal de Burgos:

PRISION CENTRAL

Muros hirsutos. Asperas cortezas — donde el hombre se duele cada día. — Apretada oquedad de llaga y fosa. — Socavón de Castilla. Lento espanto. — Catedral invertida hacia la tumba, — bajo una piel de piedra cancerosa. — Hay un árbol, aquí, pleno, enterrado, — de corazones vivos, que semejan — tréboles rojos en la luz borrosa: — muchas hojas, sin sangre, van cayendo; — mas su raíz fosfórica florece — una bandera abierta en cada losa. — Y en esta pena oscura donde habita — mi corazón en sombras, ya tan sólo — la luz de esa bandera es asombrosa.

Por todo el libro el lector siente el asombro del poeta ante la falta de solidaridad internacional, ante la falta de humanidad de hombres que pueden contemplar con indiferencia el largo martirio de un pueblo. Sólo puede ser, dice Marcos Ana, por ignorancia:

No sabéis lo que es un hombre, — sangrando y roto, en un cepo. — Si lo supiérais vendríais — en las olas y en el viento, — desde todos los conflictos, — con el corazón deshecho, — enarbolando los puños — para salvar lo que es vuestro.

Pero el poeta, con esa admirable entereza que ya observamos en Vega Alvarez, nunca pierde esperanza ni fe en el hombre a pesar de su interminable pesadilla, y reclama su solidaridad, seguro de ser escuchado:

Oye, hermano, te llamo desde un muro; — clavado entre unas piedras — donde las sombras hacen su nidada. — Hablo desde la pena.

..

Pero hoy mi voz — sin llanto — te reclama; mi lengua es una herida que flamea, — como un pájaro ardiendo en tu ventana.

por William ROSE

LA POESIA EN ARMAS

Ni un día más, amigo. No consientas — este tropel de muros obcecados; — tanta luz sin salida, tanta puerta — cerrada ante mis ojos.

Mi corazón te espera, — aguarda en tu palabra, y en los muros, — como un río apresado se golpea.

IV. — Angela Figueroa Aymerich

La voz poética de esta mujer, uno de los valores más logrados de toda la nueva poesía española, es siempre vigorosa y colmada de dolor humano. Ya destacada por Max Aub en su estudio de esta poesía por su profundo sentir del dolor hispano, ha venido a confirmar esta impresión su último libro, *Belleza cruel*, (3), que recibió el premio de poesía «Nueva España» en 1958 de la Unión de Intelectuales Españoles en México. Algo se dice en la portada de este libro que ya nos gana las simpatías: «Esta mujer admirable, esposa y madre... trabaja abnegadamente en una biblioteca ambulante». Mujer dedicada, mujer enteramente. En una declaración de principios poéticos en este libro define bien claramente su posición frente a los poetas «puros», a quienes la miseria humana les tiene sin cuidado:

Colegas queridísimos, estetas defensores — del pájaro y la rosa y el mundo está bien hecho — etcétera... — El cielo azul tan lindo. — El cielo bondadoso de Dios y de sus ángeles. — Precioso. Pero, amigos, decidme, por los clavos — de Cristo, por los clavos del hombre, ¿estáis seguros?

Ella, por tener conciencia y por ser incapaz de echar a un lado el sufrimiento de sus hermanos, de su pueblo, no puede limitar así su mundo poético, y no deja al lector en dudas sobre el por qué:

...Pues yo no veo el cielo. — No acierto a verlo, hermanos, desde hace largas fechas. — Desde hace mucho, llanto me falta de los ojos. — Porque no puede verse vuestro cielo perfecto — desde un mundo entoldado con las nubes más hoscas. — Y no puede mirarse con la espalda doblada. — Ni se goza su lumbré con la nuca partida. — No puede verse el cielo con el pecho quemado — en la boca del horno, — ni se ven sus fulgores con los párpados sucios — del sudor más espeso, — ni su luz nos alcanza tanteando en las simas — de las cuencas mineras, — ni podemos mirarlo retirando las redes — con la sal en los ojos. — No es posible encontrarlo a través de la efígie — coronado de gloria del tirano sangriento, — ni se encuentra en las togas de los negros fiscales — ni en el frío destello de los sables de gala — en los bellos desfiles, — ni durmiendo en la iglesia mientras suenan las preces — por los fieles difuntos. — No se llega hasta el cielo desde tantas prisiones, — desde

tantos cuarteles con sargentos y piojos, — desde tantas escuelas con los bancos helados, — desde tantos lugares con letreros que dicen: — se prohíbe la entrada.

Ahi está. Sin titubeos Angela Figueroa ha puesto el dedo en la llaga, y en otro poema titulado sencillamente «Libertad» levanta la voz en esta tremenda denuncia que se clava como un puñal en la carne podrida de la dictadura:

Pero no pienses «libertad», no digas, — no escribas «libertad», nunca consientas — que se te asome al blanco de los ojos, — ni exhale su olorillo por tus ropas, — ni se te prenda a un rizo del cabello. — Y, sobre todo, amigo, al acostarte, — no escondas «libertad» bajo tu almohada — por ver si sueñas con mejores días. — No sea que una noche te incorpores — sonambulando «libertad», y olvides — y salgas a gritarla por las calles, — descerrojando puertas y ventanas, — matando

los serenos y los gatos, — rompiendo los faroles y las fuentes, — y el sueño de los justos, porque entonces, — punto final, hermano, y Dios te ayude.

Y en la «Canción del pan robado» se dirige la poetisa a su: Hermano de la hoz y de la trilla, hermano del molino atareado, hermano con el pecho enrojecido, clamando contra los que le quitan el pan de la boca, contra

¡cuántos ladrones acechando! Está el hocico de la hiena, están las garras del milano, están los buitres con su pico, miles de dientes afilados.

y entona lo que podría ser el himno de la Resistencia Española y de la lucha por la justicia social: Pongámonos mucho más cerca, hagamos nudo con las manos; hombro con hombro, pecho a

[pecho, los corazones apretados, Un solo cuerpo a la tarea, Un solo afán, un solo brazo.

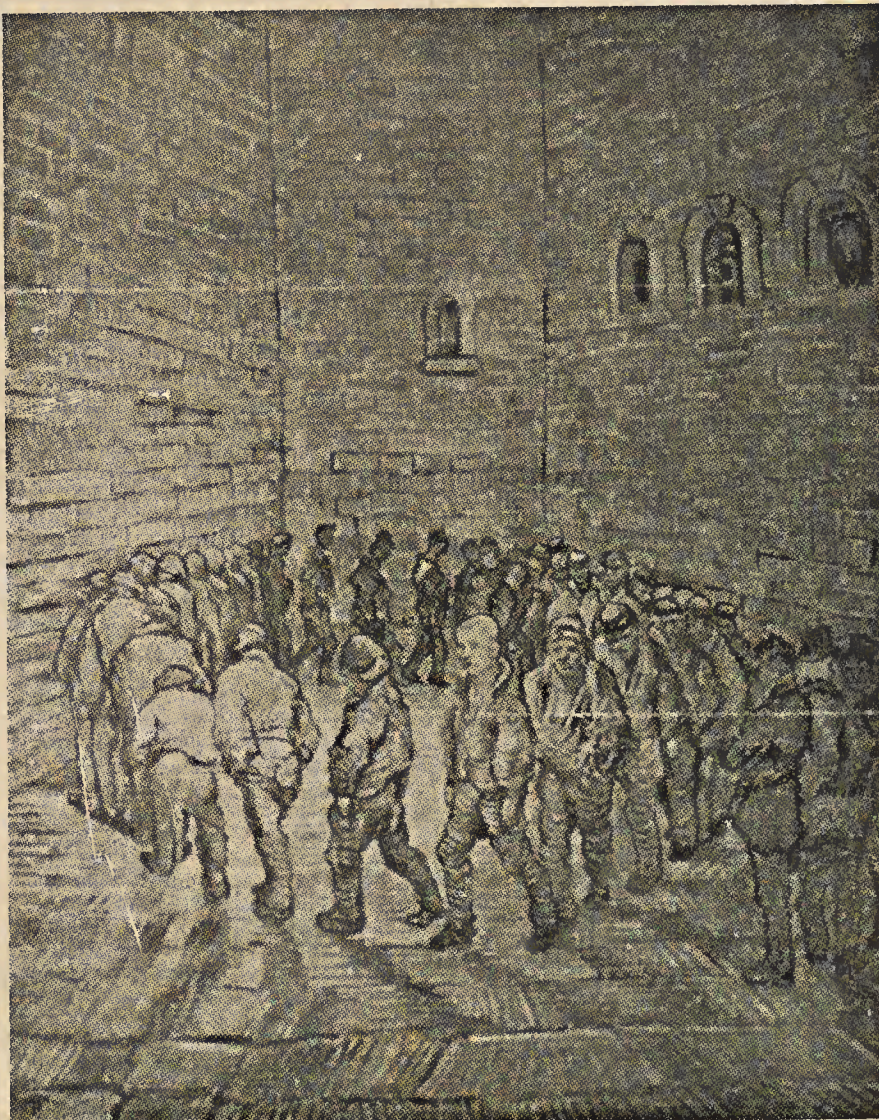
Todas las frentes un sudor y una canción para alegrarlo. Entre hombre y hombre ni un [resquicio para el cuchillo más delgado. Nadie podrá romper el nudo, poner cadenas en los brazos. No nos podrá morder el lobo. No nos podrá partir el rayo. El pan que salga de los hornos, pan bien cocido y bien ganado, será el pan nuestro de cada día, ni discutido ni menguado.

V. — Conclusión

Este breve estudio de la poesía española de la actualidad nos muestra varias cosas. En primer lugar, el temple del espíritu hispánico no es tan endeble como han pensado muchos. Los cálculos de los pesimistas, de los desalentados, de los faltos de fe en el vigor del pueblo otra vez han resultado falsos. La lucha épica por la libertad en 1936 no fué en vano. La dictadura representa una derrota temporal, un alto en el camino, pero nada más. Ahora estamos viendo el resurgir de un pueblo, cosa que nos debe alentar cada día más en la lucha por desacreditar y vencer, no sólo esta dictadura, sino todas. Estos poetas y sus compañeros en las calles, los campos y los talleres de España forman el nudo de voluntades que canta Angela Figueroa y que cercará al dictador, ahogándole. Pero no se detendrá allí, porque se ve en todos la determinación de proseguir el camino hasta forjar un mundo más libre y más justo.

¿Es esto algo raro y desconocido? De ninguna manera. Albert Camus ha dicho que «La mayor aspiración del ser humano es la libertad. Y por ella lucha. Toda la historia es una lucha — más o menos acertada — por la conquista de la libertad.» El deseo por la libertad es el anhelo más profundo del hombre, no sólo del español, sino de toda la humanidad. Y así es inevitable que siga la lucha, que es más bien proceso evolutivo, hacia su conquista integral, hasta que se barra de la faz del planeta la inmundicia totalitaria del color que sea, y caigan hechas polvo todas las cadenas del espíritu humano.

(3) Cia. General de Ediciones, S. A., México, 1958, 134 págs.



MISCELANEA
PAUL RIVET

Asia y América en el paleolítico inferior

BIBLIOGRAFIA



1. Argueda Rubin de la Barbo-
lla, Sol, L. Aveleyra, «Plainview
Point from North Tamaulipas»,
American Antiquity, XIII, 1953-
54, pp. 392-3.
2. Armillas, P., «Cronología y
periodificación de la Historia de
América precolombina», *Cahiers
de l'Histoire mondiale*, III, Neu-
châtel, 1956, pp. 463-503. Trabajo
publicado también como suple-
mento de la revista *Teotoni*, Mé-
xico, 1957.
3. Aschmann, H., «Fluted Point
in Central Baja California», *Ame-
rican Antiquity*, XVII, 1952-53,
pp. 262-263.
4. Aveleyra, L. de, «Prehistoria
de México», México, 1950.
5. Aveleyra, L. de, M. Maldo-
nado-Koerdell, «Association of
Artifacts with Mammoths in the
Valley of Mexico», *American An-
tiquity*, XVIII, 1952-53, pp. 332-
340.
6. Aveleyra, L. de, «The Second
Mammoth and Associated Arti-
facts of Sta. Isabel Iztapan, Mé-
xico», *American Antiquity*, XXII,
pp. 12-24.
7. Bandi, H. J., J. Maringer,
H. Obermaier, *L'art préhistori-
que*, Neuchâtel-Paris, 1952.
8. Bennet, W., J. B. Bird, *And-
ean Culture History*, New York,
1949.
9. Bosch Gimpera, J., «El gla-
ciarismo europeo y americano en
relación con el poblamiento de
América», *Cuadernos del Institu-
to de Historia*, México, en prensa.
10. Brauholtz, J., «Rock pain-
tings in British Guinea» *Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas*, São Paulo, II, pp. 635-642, São Paulo, 1955.
11. Canals-Frau, S., *Prehistoria
de America*, Buenos Aires, 1950,
y traducción francesa: *Prehistoi-
re de l'Amérique*, Paris, Payot,
1953.
12. Carter, G. S., «Is there an
American Lower Paleolithic?», en
este *Homenaje a Rivet*.
13. Castro Faria, L. A. de, «A
formulação dos problemas dos
sambaquis», *Anais do XXXI Con-
gresso Internacional de American-
istas*, São Paulo, 1954, II, pp.
570-577, São Paulo, 1955.
14. Cruxent, J. M., «A Lithic
Industry of Paleo-Indian Type in
Venezuela», *American Antiquity*,
XII, 1956-57, pp. 172-179.
15. DeEtte Simpson, R., «The
True Springs Locality: A Late
Pleistocene Paleolithic Camsite in
America», en prensa, en las *Ac-
tas del V Congreso Internacional
de las Ciencias Antropológicas y
Etnológicas*, Filadelfia, 1956.
16. De Laguna, Frederica, *Chu-
gach Prehistory. The Archaeology
of Prince William Sound, Alaska*,
Seattle, University of Washing-
ton Pres, 1956.
17. De Terra, H., *The Teperpan
Man*, New York, Viking Fund,
1949.
18. «New Evidence for the An-
tiquity of Early Man in Mexico»,
*Revista Mexicana de Estudios
Antropológicos*, VIII, 1946, pági-
nas 69-94.
19. Efimenko, P. O., *Pervovyt-
noe Obschestvo. Ocherki po Isto-
rii Paleoliticheskogo Vremeni* (So-
ciudades primitivas. Esquema de
una historia de los tiempos paleo-
líticos), Instituto para la histo-
ria de la cultura material. Aca-
demia de Ciencias, Moscú, 1953
(en ruso).
20. Empereire, G. A. Laming.
«La grotte du Mylodon (Patago-
nie occidentale)», *Journal de la
Société des Americanistes*, XLIII,
Paris, 1954, pp. 175-205.
21. Empereire, J., «Informa-
tions préliminaires sur les sam-
baquis du Litoral de São Paulo»,
*Anais do XXXI Congresso Inter-
nacional de Americanistas*, São
Paulo, 1954, II, pp. 603-612, São
Paulo, 1955.
22. «Sambaquis brésiliens et
amas de coquilles fuégiens» en
este *Homenaje a P. Rivet*.
23. Empereire, G. A. Laming,
«Les sambaquis de la côte me-
ridionale du Brésil (campagne de
fouilles 1954-1956)», *Journal de la
Société des Americanistes*, XLV,
Paris, 1956, pp. 5-164.
24. Gimbutas, Marija, *The Pre-
history of Eastern Europe*, I, Har-
vard, 1957.
25. Harrington, M. R., «A Ca-
mel-hunter's Camp in Nevada»,
The Master key, VIII, núm. 1,
Los Angeles, 1934, pp. 22-24, y
«The Oldest Campfires», *The
Masterkey*, XXVIII, núm. 6, Los
Angeles, 1954, pp. 235-234.
26. Hauri, E. W., E. Antevs,
J. E. Lance, «Artifacts with Mam-
moth Remains, Naco, Arizona»,
American Antiquity, XIX, 1953-
54, pp. 1-24.
27. Ibarra Grasso D. E., «Ha-
llazgo de puntas paleolíticas en
Bolivia», *Cuadernos Americanos*,
XXX, México, 1954, núm. 4, pá-
ginas 161-166 y *Anais do XXXI
Congresso Internacional de Ame-
ricanistas*, São Paulo, 1954, II,
pp. 562-57, São Paulo, 1955).
28. «El paleolítico inferior en
América», *Cuadernos Americanos*,
XVI, México, 1957, núm. 4, pági-
nas 135-175.
29. Imbelloni, J., «Rassentypen
und Biodnamik von America»,
Historia Mundi, I, pp. 188-203,
Munich, 1952.
30. «Nouveaux apports à la
classification de l'homme améri-
cain», (en este *Homenaje a P. Ri-
vet*.
31. Lorenzo, J., «A Fluted Point
from Durango, México», *Ameri-
can Antiquity*, XVIII, 1953-54,
pp. 394-395.
32. Loureiro Fernandes, L. J.,
«Os sepultamentos no sambaquis
de Metinhos», *Anais do XXXI
Congresso Internacional de Ame-
ricanistas*, São Paulo, 1954, II,
pp. 579-602, São Paulo, 1955.
33. MacNeish, R. S., «A Synop-
sis of Archaeological Sequence
in the Sierra de Tamaulipas»,
*Revista Mexicana de Estudios
Antropológicos*, XI, México, 1950,
pp. 79-96.
34. Maringer, J., «Einige faust-
keilige Geräte von Gongenyama
(Japan) und die Frage des japa-
nischen Paläolithicus», *Antropos*,
LI, 1956, pp. 175-193.
35. «A Japanese Paleolithic of
Pajttanian Affinities», en prensa,
en *Actas del V Congreso inter-
nacional de las Ciencias antropo-
lógicas y etnológicas*, Filadelfia,
1956.
36. Martínez del Río, J., *Los
orígenes americanos*, México,
1952, 3a. ed.
37. Menghin, O., «Fundamentos
cronológicos de la prehistoria de
Patagonia», *Runa*, (2) V, Buenos
Aires 1952, pp. 23-24.
38. «Las pinturas rupestres de
Patagonia», *Runa*, V, Buenos Ai-
res, 1952, pp. 23-43.
39. «El Altoparanense», *Am-
purias*, XVII-XVIII, Barcelona,
1955-56, pp. 171-200.
40. Menghin, O., M. Bórmida,
«Investigaciones prehistóricas en
cuevas de Tandilla (Prov. de Bue-
nos Aires)», *Runa*, II, Buenos Ai-
res, 1950, núm. 536.
41. Movius Jr. Hallam L., «Lo-
wer Paleolithic Archaeology in
Southern Asia and the Far West»,
Early Man in the Far West, Sym-
posium de la Viking Fund, publi-
cado por la American Association
of Physical Anthropologists, Way-
ne University, Detroit, 1949.
42. «Paleolithic Archaeology in
Southeastern and Eastern Asia,
Exclusive of India», *Cahiers de
l'Histoire Mondiale*, II, 2, pági-
nas 257-282, y II, 3, pp. 520-553,
Paris, 1953.
43. Okladnikov, A. P. «The Neo-
lithic and Bronze Ages of the Bai-
kal Area» (en ruso), *Materialni i
Issledovania Arkeologiya SSSR*,
núm. 18, Moscow, 1950.
44. Orsich de Slavetich, A. Con-
de, «Observações arqueológicas so-
bre os sambaquis», *Revista de*

Antropologia, II, São Paulo, 1954,
pp. 65-70.

45. Orsich de Slavetich, A. E.
Stadler, «Stratigraphical Excava-
tion in the Sambaqui of Araujo,
II, Paraná, Brazil», *American
Antiquity*, XXI, 1955-56, pp. 357-
369).

46. Quimby, G. I., «Cultural
Areas Before Kroeber», *Ameri-
can Antiquity*, XIX, 1954-55, pá-
ginas 317-331.

47. Reichel Dolmatoff, G., «Con-
chales de la costa central de Co-
lombia», *Anais do XXXI Con-
gresso Internacional de American-
istas*, São Paulo, 1954, II, pági-
nas 619, 626, São Paulo, 1955.

48. Rex González, A., «Antiguo
horizonte precerámico en las Si-
erras centrales de la Argentina»,
Runa, V, Buenos Aires, 1952, pá-
ginas 110-133.

49. Rivet, Paul, *Los orígenes
americanos*, 3a. ed., México, 1952.
Ed. francesa: *Les origines de
l'homme américain*, Paris, Galli-
mard, 1957.

50. Swanger, J., W. J. Mayer-
Oakes, «A Fluted Point from Co-
sta Rica», *American Antiquity*,
XVII, 1952-53, pp. 264-265.

51. Torii, R., «Restes néolithi-
ques de la Mandchourie meridio-
nale et de la Mongolie orientale»,
Prehistoria Asiae Orientalis, I,
*Premier Congrès des Préhistoriens
d'Extrême Orient*, Hamoi, 1932,
Hanoi, 1932, pp. 91-92.

52. Wormington, H. H., *Ancient
Man in North America*, The Den-
ver Museum of Natural History.
Popular Series, 4, 3a. ed., Den-
ver, 1949.

53. «Origins», *Programa de His-
toria de América*, Comisión de
Historia, Instituto Panamericano
de Geografía e Historia, México,
1953.

54. «The Present Status of Stu-
dies Pertaining to Early Man in
the New World», *Actes du IV.
Congrès International des Scien-
ces anthropologiques et ethnolo-
giques*, Vienne, 1952, II, pp. 311-
315, Viena, 1955.

55. Weidenreich, F., «On the
Earliest Representatives of Mo-
dern Mankind Recovered on the
Soil of Asia», *Anthropological Pa-
pers of Franz Weidenreich*, 1939-
1948, The Viking Fund, New
York, 1949, pp. 205-224.

56. Willems, E., «Brasil», *Pro-
grama de Historia de América*.
Comisión de Historia Instituto
Panamericano de Geografía e
Historia, México, 1953.

P. BOSCH GIMPERA

En esta colección de escritos de
nuestro admirado Pedro Bosch
Gimpera apareció por dos veces
«Miscelánea Paul Rivet» en lu-
gar de Paul Rivet. Constancia
queda hecha.



Praga antigua

PEREGRINACIONES

¿E DAD MEDIA? Una vez más he recorrido la callejuela de los alquimistas, tan próxima en el espacio, tan lejana en el tiempo. Pero en sus viejas habitaciones viven hoy familias modestas, que saben aprovechar la curiosidad de los turistas. He visitado también el castillo: dos salas inmensas, de las cuales sólo he retenido algo así como una sinfonía en blanco y oro. Luego el domo con sus triples murallas. Paredes superpuestas, un dogma cubriendo al otro; pinturas murales sobre las cuales cada siglo ha extendido una nueva capa de yeso. Con otros santos y otros reyes. Una iglesia de estilo romano: San Jorge. Otra, casi enterrada, muy vieja, milenaria. Pasé por la penumbra con tumbas históricas y capillas enrejadas como celdas de calabozo. Fausto ostentoso, en una sombría acumulación de tesoros, de reliquias, de brocados purpúreos o dorados, de platerías, banderas, oriflamas y retratos fantasmales.

Con un suspiro de alivio, libre de la obsesión feudal, he dado una vuelta por la galería luminosa del Belvedere, cerca del «foso de los ciervos». Praga se me mostró nuevamente atravesada por el Ultava, que centelleaba como una cinta cuyas hebillas serían los puentes flanqueados por torres. Y descendí de la fortaleza por las vertiginosas escaleras con centenares de peldaños de piedra, para regresar al centro. Pero la parte antigua de la ciudad me atrae... Hago un alto en el palacio Waldstein. Museo de la nobleza, con muchas cosas desaparecidas; es más bien una casa de remate: muebles de varios estilos, cómodas abultadas, tocadores; y retratos que parecen todos idénticos, con sus adornos bordados, sus grandes cuellos postizos y ropas de terciopelo, objetos menudos, extremadamente cincelados. Y atavíos tan pesados o tan espumosos que no sé cómo podían ser utilizados. Ornamentos refinados de una casta que no necesitaba manejar las cosas, atendida por una multitud de cortesanos y siervos. Algunos raros instrumentos de música: un pavo real ajustado o una lira, más decorativo que práctico. Pero el caballo disecado, ubicado en una gruta negra, sobre la terraza que conduce a un parque enmohecido, se me apareció absurdo, grotesco, como un ídolo que ya no atemoriza a nadie...

El estilo Rococó persiste en algunas calles inclinadas, con recuerdos que renuevan las perspectivas. Colores esfumados de las casas que conservan encima de la puerta el blasón de su primer dueño o el rótulo del antiguo artesano. Otras calles tienen el aspecto plácido o vivaz, con sus fachadas pintarrafeadas como unos



juguetes. Me dirijo hacia el Ayuntamiento. La silueta de Hus, en una encrucijada, es impresionante, sin ningún artificio estatuario. Parece que se ha reincorporado de entre las llamas de su pira, y que camina por la calzada, entre los transeúntes que, no obstante, ignoran su presencia. Existen, hoy todavía, hombres que merecerían la misma compasiva exclamación: ¡Oh, sancta simplicitas!, que pronunció Hus cuando una anciana echó algunas ramillas en las llamas que le devoraban...

Hemos llegado en el momento cuando, del reloj astronómico colocado en la torre del Ayuntamiento, salían esos titeres sagrados que — por encima de las generaciones que se suceden en la calle — juegan una especie de pantomima calendarística al compás de sonidos que vienen de muy lejos, desde siglos arcaicos. Recorrimos las salas. La del Consejo municipal parece invadida por una multitud heroica desprendida de los dos lienzos pintados, grandes como la pared. En una capilla, la tumba del Legionario Desconocido. El mismo culto que se rinde al Soldado Desconocido en todos los países asolados por la Gran Guerra.

Busco en las proximidades del Ayuntamiento las huellas del Ghetto medieval. Una sinagoga está construida encima de otra sumergida, con los siglos, en la tierra. Un cuadrante marcado de cifras hebraicas parece medir, en su perpetuo circuito, el destino de un pueblo que sobrevive, mesiánicamente, a tantos pueblos enemistados, siempre guerreando, y a tantos Estados que se derrumban o se levantan sobre las ruinas de otros.

El joven Rádl me hace apresurar el paso. Recorrimos otros barrios. Sorprendo sobre fachadas, pintorescas las unas, viejas e inexpressivas las otras, inscripciones reveladoras: Aquí vivió Smetana, el «creador de la música checa modernas» (1); aquí ha estudiado y escrito Miracek; aquí el gran escultor (no he retenido el nombre...) Pero lo que he retenido en

mi recuerdo es el respeto que no sólo ciertas instituciones, sino el Pueblo también, manifiestan hacia los servidores de la cultura y los forjadores del arte. Respeto que a menudo linda con la idolatría nacional, pero conserva ese fondo sólido de la educación, esa práctica de la civilización — no extendida todavía hasta los pastores eslovacos de las montañas de Tatra — más evidente, sin embargo, en los grandes centros de Moravia, de Bohemia, donde la cultura alemana (¡la del siglo de la ilustración!) logró imprimir su acento grave en la firmeza y la seriosidad de los checos.

Llegamos al centro de la ciudad. El bulevar Vaclavské nos ofrece una ancha y suntuosa perspectiva en cuya extremidad se perfila, en el cielo azul — como un cofrecito lleno de adornos y piedras preciosas — la cúpula del Museo Nacional. Antes de penetrar en el «Ambassador», contemplé algunos instantes más, en la otra extremidad del bulevar, el Hradkin: pirámide sin vértice,

(1) Hoy podemos considerar a Bedrich Smetana también como un precursor de la música moderna universal. Si en Praga su obra es apreciada como un «tesoro nacional y ocupa el principal lugar en los programas festivos musicales», si es verdad que él ha puesto en evidencia, entre los valores mundiales, el folklore musical checoslovaco, algunos compositores, como Arnold Schoenberg, el destacado animador de la música atonal moderna, reconocen en el autor del ciclo «Mi patria» a un innovador de este arte.

Al fin de su vida, Smetana perdió el oído. Pero, igual que Beethoven, siguió componiendo según «misteriosas combinaciones nuevas». Su último cuarteto contiene «extrañas disonancias y sonoridades de una osadía que parecía enconces — en 1883, un año antes de su muerte — mera incoherencia de oído atrofiado». Una vez más se verifica de este modo la intuición, ya antigua, que sabe que los ciegos y los sordos ven y oyen mejor que los hombres normales. (E. R. 1947).

asombroso conjunto de rocas y precipicios, de murallas de fortaleza y jardines colgantes. Y, súbitamente, me siento arrancado de estos cuadros del pasado, cuando vuelvo a encontrarme en medio de la Actualidad con antenas telegráficas y cronistas siempre a la cabeza de novedades. En este salón acolchado, con sillones cubiertos de seda, con mesas adornadas de esculturas y flores, con grandes tableros Luis XV (¡ujo que puede permitirse hoy cualquier «director» de café) estoy sentado entre cuatro redactores de los diarios locales. Para poder contestarles, tengo que precisar antes el sentido de sus preguntas. Porque la misma palabra tiene diferente resonancia cuando la pronuncia un ministro, un diplomático o un universitario más o menos decorativo. Yo no soy más que un hombre en busca de los hombres...

Y aprovecho, para dictar a mis cofrades nada más que un breve cursillo sobre el pacifismo integral. Cogidos por sorpresa, ellos anotan cifras, nombres, organizaciones y movimientos ignorados. La gran prensa ¿quiere verdaderamente hacer resonar también otras voces que las de los maestros cantores de las conferencias diplomáticas? Bosquejo el retrato del nuevo luchador, aparecido recién en la arena de los partidos políticos como un cordero entre lobos. El intelectual activo que ya no quiere ser el servidor que piensa para los magnates del Dinero, sino el vocero de las multitudes, advirtiéndolas en contra de todas las dictaduras, sean ellas fascistas, totalitarias, económicas, políticas, etc. Los periodistas me escuchan, asombrados al comienzo y al fin, amistosos. Uno de ellos confiesa sus pensamientos, encerrados en el fondo de su conciencia por la tiranía de la Prensa mercantilizada. (He sabido más tarde que sólo el redactor del diario gubernamental «Prager Presse» no pudo publicar su artículo. Se ha pedido a la legación checoslovaca de Bucarest «informes bio-bibliográficos» sobre mi persona. Si no soy ni blanco, ni negro, ni tricolor ¿entonces a quién puedo servir? Sin embargo, algunos meses antes, el doctor Eduardo Benes, ministro de Relaciones Exteriores por aquellos tiempos, se apresuró a escribirme respecto a mi libro sobre la «Internacional Pacifista»: «Le sujet de votre livre incite, par son actualité et son extrême importance pour nous tous, ma plus vive curiosité. Très sensible à votre aimable souvenir», etc. ¿Pero la paz no es meramente un pretexto para «amables recuerdos»? ¿Cuándo será llegado ese abismo que separa la benevolencia de la voluntad activa, la intención de la realización, la idea del gesto que pueda darle cuerpo y alma?)

EUROPEAS

Praga moderna

Estoy es casa del doctor Otto Rádl, en uso de esos pequeños apartamentos «modernos» que, a primera vista, parecen vacíos; pero, en su claridad y su geometría desnudas, ellos revelan después lo que se llama el «arte nuevo de los interiores». ¿Armarios, ropero, aparador, cofres, estantes y hasta las camas? Los muebles están disimulados en las paredes, escondidos en los rincones, ocultos detrás de tableros, tabiques, puertas que se deslizan como bastidores de un escenario, apenas tocado del botón de un resorte. La silla no es más que un pedazo de cuero fijado entre tubos cromados, torcidos de cualquier manera: sólo que se quedan en equilibrio. La biblioteca está debajo del alféizar de la ventana o en aquellos anaqueles verticales y horizontales arreglados como la ramazón de un árbol, ofreciendo cómodamente el gran álbum de grabados o el tomo de su especialidad. El dormitorio no es más que un cuadrilátero elástico, suave, sobre el rectángulo de una alfombra de colores elementales, geométricos.

Mi cofrade me incita a descansar. Entre dos noches de viaje en tren, una hora de calma absoluta de los músculos y del cerebro es más necesaria que un nuevo recorrido por la ciudad. Me da, como «aperitivo del sueño», una docena de fotos: imágenes de una película documental sobre Praga, que está preparando en las escasas horas de tregua entre el periodismo y la abogacía. Y henos conversando sobre ese arte mercantilizado hasta el tedio, y que permanece, no obstante, una inagotable fuente de ensueños y emociones, por sus posibilidades técnicas de expresión: el cine.

Eliminamos de nuestra discusión el film que es sólo imitación o transposición de obras de teatro, el film brutal de aventuras populares y el de las «vedettes», de las «stars» y otras glorias fabricadas según cierta tarifa de publicidad. Hago para Rádl un resumen del argumento de mi film: «24 horas de la vida de una capital», realizado en Bucarest, entre los límites de un presupuesto famélico, por un técnico atrevido y astuto. La capital es joven, con aspectos a la vez arcaicos y occidentales. Desarrollo dinámico y lógico de la vida urbana. Escenas individuales que tienen también un sentido simbólico, alternando con acciones colectivas. La capital, considerada como un organismo, con sus necesidades cotidianas y con funciones reflejadas en escala gigantesca. Trágico dualismo de los esfuerzos humanos, con victorias y derrotas, con su primitivismo o su técnica refinada, con instintos ciegos y sentimientos idealizados. Realidad:

horrores y bellezas, por encima de la miseria y de la muerte... Nada de artificios teatrales, sino escenas directas, cuyos actores son hombres sorprendidos en medio de su trabajo, de sus penas y hasta de sus pasiones. Sin cuadros arreglados de antemano, sin tendencias unilaterales. Fusión entre contrastes, simultaneidad de los extremos. Los imperativos sociales y las fatalidades de la existencia arrojan con frecuencia sus sombras en el desarrollo del film: la mentira, el odio, la bestialidad, la lujuria acentúan la tragedia humana, pero el significado último de la acción es el de la creación mediante la solidaridad y el amor. La capital: canto del trabajo, no sólo en las usinas y las calles trepidantes, sino a través de sus obras de arte y ciencia, en los museos, los anfiteatros y hasta en esas manifestaciones colectivas en los estadios, que representan, en el fondo, todas las victorias del individuo contra las desgracias sociales y las crueldades del destino.

— Porque Praga es más pintoresca que Bucarest. Sin embargo, no veo antagonismo alguno entre el arte y las realidades sociales. Los elementos estéticos de la vida social son evidentes. Ellos se encuentran no solamente en la arquitectura y en el tráfico de las ciudades, sino también en las fábricas y los laboratorios, lo mismo que en las exposiciones de pintura y escultura, en la eurytmia del ballet y en la fuerza sugestiva de la poesía... Volvemos al problema del cine como valor social. La pregunta me fué formulada una vez en París, por Henry Poulaille. El cine puede ser concebido como una síntesis de la literatura, del teatro, de la música, expresando ese fondo común — sentimientos, ideas, acciones — que pertenece también a las otras formas del arte. El cine será purificado de la mediocridad y la rutina, cuando sea humanizado. Arte sintético, él puede servir mucho más a los ideales colectivos. Más que la literatura, el teatro, la música por separado, el cine puede apresurar la realización de la unión social, ética y económica de la humanidad, en la libre y variada florecencia de la cultura y del arte regional. El puede ofrecer la visión directa e integral de la evolución terrestre y humana, sobreponiendo las épocas, vinculando los momentos esenciales de la historia y anticipando las civilizaciones futuras. Algunos films franceses e ingleses, americanos e italianos nos han comprobado que este papel del cine — humanización que implica igualmente educación, diver-

por Eugen RELGIS

sión y arte — tiende a ser reconocido. Esto significa también que la propaganda dogmática y el exclusivismo político no pueden realizar buenas obras mediante el cine... Cuando salió el primer libro de la prensa de Gutenberg, la arquitectura empezó a languidecer. Hoy, después de algunos siglos, renace bajo nuevas formas. Algunos temen que la radio reemplazará a los periódicos. Muchos estetas se lamentan de que el cine trivializa y mercantiliza el teatro. Es verdad que la evolución de las formas, la expresión, es paralela a la de la técnica. No olvide-

mos que la arquitectura, la imprenta, el teatro, la radio representan valores sociales (y artísticos) distintos, como también el trasatlántico, el avión o el automóvil. Pero el cine puede aumentar su propia significación, puede tener un valor *integral*, constituido por todos los valores específicos, que nunca serán apartados de la vida íntima de los pueblos. Cuando ésta verdad sea enteramente reconocida, el cine ya no será una simple industria provechosa para los privilegiados de cierta clase social, sino que, uniendo la idea con la acción, la belleza con la ciencia, será la expresión dinámica, completa, inalterada de la vida universal y de la historia humana...

LOS LIBROS

« EL SIGLO ENCANTADO »

« Siglo Encantado » (poemas) de Henri de Lescoët. Edición «Alrededor de la Mesa», Bilbao (España) 1960, 30 páginas.

El poeta español Mario Angel Marrodán dirige estos cuadernos poéticos titulados «Alrededor de la Mesa». Ediciones de impecable presentación y que realizan una encomiable difusión de la creación de los valores de la poesía universal.

En esta última entrega lo hace con « Siglo Encantado » del lírico francés Henri de Lescoët. Una figura sobresaliente en el panorama actual de la poética francesa y pertenece a la generación de los grandes poetas y escritores, como Paul Eluard, André Gide, Jean Cocteau y otros más celeberrimos intelectuales de la Francia inmortal.

Fundador y director de la revista «Profil Littéraire de la France» (de gran circulación internacional). Ha sido galardonado con el Premio de Poesía «Guillaume Apollinaire» en el año 1941. En su haber literario tiene más de 40 obras editadas; todas ellas bien consideradas por la crítica.

Todos los poemas de «Siglo Encantado» denuncian creación surrealista y un modo original de decir las cosas tan bellamente. A veces su poesía toma acento de protesta social y humana. La fuerza inundada de sus imágenes, hace cobrar vitalidad a la divina palabra de su verbo poético:

«Esto es así. El juego. Yo vuelvo lo de arriba abajo. He pronunciado las sílabas de la hierba y del hambre secreta, joh, amigo invisible! Un cadáver andando por el mundo sin amor».

Estos hermosos versos de su soberbio y rebelde poema que titula «Esto así». Esa sed de amor y justicia social se enreda como sacudiéndose de cólera en la lírica de Henri de Lescoët.

Es poeta de vanguardia — no de los que falsean poesía sino de los verdaderos creadores — actual y de esta hora de lucha; de esa Francia que está en pie con el fusil del verbo en la mano.

Tiene la amargura del hombre que se debate en esta etapa de grandes revoluciones sociales, cuando nos reafirma:

«Venir del mundo sin dulzura. Venir al mundo como ese alarido en la inmensidad de tu edad, ¡blancura de tu blancura!»

Es así como transitamos por el mundo interior de este poemario francés y que está relleno de poesía, porque decir poesía es decir calidad. Es un ejemplo para muchos jóvenes que se dan ínfulas de poeta.

Emilio Saldarriaga García



Educación para la tolerancia

Lo cierto es que nunca se apeetece tanto la luz como cuando la noche se hace más densa y prolongada; nunca se anhela tanto la libertad como cuando más se carece de ella. Y es cosa bien cierta que la luz sucede a la oscuridad como la noche al día; y la libertad sigue a la opresión, no por fatal determinismo en este caso, sino por imperio de la voluntad humana movida por vigorosas exigencias del espíritu. De aquí que las páginas más brillantes y elocuentes sobre la tolerancia hayan sido escritas cuando la intolerancia erguía su ciega presencia enfurecida en la caliginosa atmósfera pasional de las contiendas dogmáticas, tan irracionales no obstante las razones que solían invocarse para justificar los horrores de la lucha.

Cuando los intolerantes —hombres de «mente estrecha», según la frase despectiva de Zweig— angostaban los horizontes espirituales entre altos muros de odio, la palabra tolerancia era agitada con heroísmo como bandera de combate llamando a los hombres de mente amplia y de corazón intrépido a fin de que abriesen, a través de los muros sombríos de la clausura, anchas ventanas hacia la luz en demanda de más claros horizontes. Este conflicto entre el espíritu de intolerancia y el opuesto de tolerancia es una larga y dramática historia inconclusa cuyas páginas excitantes registran hechos que sublevaron y episodios que reconfortan, nombres propios dignos de la infancia y personalidades ilustres mercedoras de la gratitud humana. Por lo general, la evocación de esta contienda secular suele referirse a las luchas religiosas; y uno de los momentos más fecundos para el pensamiento creador de concordia, provocado por esta larga contienda, ha sido, sin duda, el que corresponde a la época de la ilustración o del iluminismo. Los nombres de Locke y de Voltaire, entre otros igualmente famosos, son símbolos humanos de la reacción liberadora en lucha contra el bien llamado oscurantismo. Muy hondo hubo de calar el pensamiento de la tolerancia para que hasta el romanticismo, venido después a destruir aquella forma mentis iluminista, no pudiese arrancar de raíz la siembra intelectual del pasado inmediato. La religiosidad romántica anti racionalista tuvo caracteres muy propios. Son significativas estas reflexiones de Ernest Cassirer al respecto. «El más grande de los teólogos románticos, Friedrich Schleiermacher, fué más lejos todavía. La religión universal que él elaboró y defendió en sus Reden über die Religion, abarca toda clase de credos y cultos. Todos los «herejes» de tiempos anteriores podían ser incluidos en este ideal religioso. El «ateo» Espinosa era calificado por

NO estamos en condiciones de sostener si es válida o no cierta creencia muy extendida según la cual en la naturaleza y en la vida humana rige una llamada ley de las compensaciones, que es algo así como la expresión práctica de un ideal de armonía. Pero algo de cierto ha de haber en esta hipótesis consoladora que nos llega de muy lejos y cuyo origen remoto ha de tener, sin duda, alguna confirmación empírica. Cuando Heráclito enuncia sus intuiciones sobre la teoría de los contrastes en aquellos de «Se unen: completo e incompleto, consonante-disonante, unísono-disono, y de todos se hace uno, y de uno se hacen todos», ya está otorgando un alto aval a la creencia vulgar antes mencionada.

Schleiermacher de «grande y santo Spinoza». Ante el verdadero sentimiento religioso, afirmó Schleiermacher, las diferencias dogmáticas no importan. La religión es amor, pero no amor por «esto» y «aquello», o por un objeto especial y finito, sino amor por el Universo, por el Infinito» (1). Después de todo, el teólogo alemán no estaba muy lejos de San Agustín cuando en «El bien conyugal» decía: «Porque cada hombre es parte del género humano y la naturaleza humana es algo social y tiene grande y natural bien en la fuerza de la amistad». Fué menester que el advenimiento del Estado totalitario plantease en términos de brutalidad inaudita el auge del espíritu de intolerancia agrediendo violentamente todo cuanto significase herencia cultural religiosa o laica de amor humano, para que las iglesias otrora en pugna llegasen a un principio defensivo de concordia superando, ante la magnitud del peligro, sus enconos tradicionales. Así, católicos, judíos y protestantes han iniciado un diálogo solidario cuya trascendencia es todavía poco comprendida en razón de los muchos prejuicios e intereses históricos que será necesario vencer. Pues, como siempre acontece, la ideal inspiración que viene de las altas jerarquías eclesásticas lucha contra la resistencia obtusa de la masa subordinada dócil a su pesada pereza espiritual de aguas estancadas.

Pero, hecho digno de ser considerado, no es en este terreno de la vida religiosa donde el espíritu de tolerancia ha de librar su batalla liberadora en estos momentos. El campo de la contienda secular se ha desplazado hacia otros dominios y se expresa en otros términos, en otro lenguaje. La palabra tolerancia renace con su énfasis como exigencia de la vida política. «Las mentes estrechas», de que hablaba Zweig, no están al servicio de Calvino ni de Lutero, están al servicio del Estado laico pero igualmente dogmático, al servicio de las místicas partidarias, de las doctrinas sociales, de la pasión política, de las banderas dictatoriales

(1) E. Cassirer: «El mito del Estado»; pág. 220. Fondo de Cultura, México 1947.

que, en torsiones del lenguaje, autodefinen como liberadoras y racionales.

Hace más de un siglo, Feuerbach dijo que la política sería la religión del futuro. No vamos a detenernos ahora en el sentido que pudo tener esta sentencia en boca de un materialista ateo cuando la enunció. Lo cierto es que resultó una profecía. Feuerbach no concibió ni sospechó que la política fue a derivar hacia una religión; al contrario, aquel materialista quiso significar exactamente todo lo contrario. Pero la lógica de las ideas y la lógica de los hechos suelen transitar caminos divergentes; la historia gasta sus ironías a los profetas. Feuerbach no alcanzó a ver los altares desmantelados, ni a Dios convertido en un anacrónico fantasma creado por la imaginación humana. Si hubiese vivido algún tiempo más, habría contemplado un espectáculo para él increíble: al lado de los altares todavía en pie se erigieron otros, los altares laicos de los dioses y semidioses de la política, algunos ya embalsamados en sus tumbas monumentales donde acuden las multitudes de los nuevos creyentes en muda contemplación admirativa no exenta de vergonzante misticismo. Por razones de higiene, sin duda, sobre estos altares no se inmolan las víctimas de rigor, éstas sufren el tormento y la muerte en otros sitios menos rituales y menos artísticos, en las cárceles, en los campos de concentración, en las iluminadas salas policiales, en las calles y plazas solitarias cuando la noche cubre púdicamente la vergüenza de tanta crueldad y tanto sadismo doctrinarios. El fanatismo ha cambiado de indumentaria, sus símbolos y sus ritos. La nueva intolerancia no quiere salvar las almas de los pecadores, quiere salvar a la humanidad de los padecimientos terrenales en el infierno capitalista o, viceversa, del infierno anticapitalista, quiere salvar la pureza de la sangre, o la soberanía nacional, o la unidad de la clase, o cualquier otra idealización, transfigurada en mito; cada uno de estos motivos terrenales tiene su doctrina y naturalmente su ortodoxia. Y cada sector practica su intransigencia y cree en su dogma absolutista, ciego cada uno a la comprensión del prójimo. Nadie duda de su

verdad petrificada. Todo escepticismo resulta enfermizo, decadente, culpable. Si Voltaire volviese a este mundo para decir aquello de «no apruebo lo que usted dice, pero defenderé hasta la muerte su derecho a decirlo», sería considerado un humorista anacrónico.

Sin embargo hay gente que no está dispuesta a participar de la embriaguez agresiva, que advierte en estas manifestaciones del espíritu una especie de locura más infrahumana; que, en suma, quiere devolver a esta palabra humano cierto sentido de dignidad orgullosa que si no es real aspira a serlo y que, como ideal que es, también forma parte de una realidad en potencia digna de ser cultivada y lograda.

Uno de los instrumentos de tal posibilidad humanista, en el sentido actual de la palabra humanista, es la educación. Así como hay una educación para la intolerancia, debe haber una educación para la tolerancia. Es significativo el hecho de que en el Congreso Interamericano de Filosofía habido en la ciudad de México (1950), se designó una comisión, presidida por Raymond Klibansky, del Instituto Internacional de Filosofía, la cual procederá a la reimpresión y difusión de textos originarios de las más diversas culturas, y que han de formar una colección digna de ser designada «los clásicos de la tolerancia». Por de pronto, en Italia ya aparecieron dos volúmenes: «Los edictos de Asoka» y «Fe, duda y tolerancia», este último de Sebastián Castellóni; se anuncia además la próxima aparición de «Cartas sobre la tolerancia», de John Locke.

Los edictos de Asoka son los del tercer rey de la dinastía Maurya que gobernó, hacia la mitad del siglo III a. C., un imperio que abarcaba la península India y parte de Afganistán. Castellóni nació en Saint-Martin du Fresne (Saboya) en 1915. Participó en las contiendas de la Reforma y tras una larga polémica con Calvino, dedica el resto de su vida, terminada en Basilea en 1936, a profundizar los motivos de su defensa de la tolerancia religiosa.

No faltarán, desde luego, realistas negativos dispuestos a una sonrisa misericorde ante las posibilidades de esta lucha entre los libros de la tolerancia y las armas menos abstractas de la intolerancia, entre la razón y la violencia, entre la cultura y la pasión irracional. Pero así como hay quien cree que «en el principio fué la acción», muchos creemos que «en el principio fué el Verbo». Muchos creemos en la magia de la palabra si ésta tiene un cálido contenido de amor.

Luis di Filippo
Santa Fe, Argentina.

En las costas del Continente Antártico

EL hombre cierra en la Antártico el drama del descubrimiento y aprovechamiento de las riquezas de la tierra. Las más importantes naciones se han dado cita ahora en el «piso» del mundo, conquistado por el noruego Amundsen y ungido de heroísmo por la pasión científica del británico Scott, quien muere lápiz en la mano, haciendo sus últimas anotaciones rodeado de los cadáveres de sus valerosos camaradas. Años después, la expedición estadounidense encabezada por el almirante Byrd, además de incalculables datos científicos da al mundo cintas cinematográficas de inenarrable hermosura y populariza el tema de la Antártica.

En la actualidad, soviéticos, ingleses, estadounidenses, australianos, franceses, etc., desarrollan en esa región exploraciones científicas de todo orden que redundarán no sólo en el beneficio individual de cada país, sino en el avance científico y en el bienestar de todas las naciones de la tierra. El académico Scherbakov presenta aquí algunos aspectos y finalidades de la expedición soviética del Continente Antártico.

por
Dimitri Scherbakov

hielo continental se eleva gradualmente hacia el Sur, formando grandes cataratas gelidas, tras las que se halla una meseta de hielo de más de 1.000 metros de altura.

La expedición del «Aurora»

En diciembre de 1911 se dirigió a aquella misma zona, aproximadamente, la expedición australiana de Douglas Mawson a bordo del barco *Aurora*. Mawson tenía el propósito de desembarcar en la costa de Knox, mas no lo consiguió a causa de la niebla. Doblando la gigantesca lengua flotante, el *Aurora* penetró en los sólidos hielos, tras los que se abrió la ruta marítima. Esta zona del Océano Índico recibió el nombre del capitán del barco, denominándose Mar de Davis, y el territorio situado en el meridiano 94, Tierra de la Reina Mary. La expedición descubrió asimismo un helero submarino, que se extendía de norte a sur como una enorme plancha de muros abruptos. Lo mismo que la gran barrera de Ross, este helero —al que se dió el nombre de Shackleton— pasaba inadvertidamente de la costa continental al mar, se extendía hacia el norte 250 kilómetros y terminaba en una lengua de hielo. La parte flotante del helero tenía más de 300 kilómetros de ancho. Mediciones posteriores han permitido establecer que su extensión es de 29.000 kilómetros cuadrados.

Después de dejar en el continente un pequeño grupo, el *Aurora* emprendió el viaje a Tasmania. En el extremo sudoeste del helero de Shackleton, los invernantes construyeron una casa, un laboratorio, depósitos y locales para los perros. La expedición estudió minuciosamente el lugar. Con tiempo claro en el noroeste se divisaba la isla de Drygalski. Al oeste se encontraba la bahía de Depó, tras la que descendía hacia el mar el gran helero de Elena, de 80 kilómetros de ancho.

Un obstáculo insuperable

El grupo de Mawson recorrió cerca de 200 kilómetros hacia el este, fijando en el mapa los resultados de sus observaciones. Cuando se encontraban junto al meridiano 99, un obstáculo insuperable detuvo a los viajeros; el helero de Denmann, que se desliza por las vertientes del continente en dirección al mar, había formado una gigantesca barrera de hielos amontonados, entre los que

En los primeros días de 1956, en los nevados espacios del continente antártico, inició sus observaciones científicas una expedición mixta de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

En 5 de enero de 1956, manobrando entre rebaños de icebergs, la motonave insignia soviética *Obi* entró en la bahía de Depó, enclavada entre los heleros de Shackleton y de Elena, en la costa oriental del Antártico. El buque hendió un espeso banco de hielo en la costa, lo que permitió efectuar el desembarco con relativa facilidad. Los fisgones pingüinos salieron presurosos al encuentro. Resbalando sobre el hielo y cayéndose a cada paso llegaron hasta el mismo barco y se alinearon ante él en curiosa espera.

En los tres primeros días, los miembros de la expedición montaron un autogiro y descargaron un avión. Pero al poco tiempo, llegaron del mar negras nubes y comenzó a soplar el viento, que se convirtió en tempestad. Tres días después se aplacó el vendaval, reanunciándose la exploración de la costa. Los vuelos de reconocimiento duraron nueve días. A pesar de que las tempestades súbitas frenaron estos trabajos, los investigadores lograron descubrir en la zona de la isla de Haswell lugares en los que salía a la superficie el terreno firme del continente. Fue decidido construir allí un observatorio y poblado, *Mirni*.

Tratos con la población

Mientras el rompehielos permaneció en la bahía de Depó, sus tripulantes entablaron conocimiento con los pobladores del sexto continente. Los componentes de la expedición vieron en la costa, además de pingüinos, leopardos marinos con pintas y focas. Estos «habitantes» del Antártico recibieron a los visitantes con absoluta indiferencia. Sin prestar la menor atención a los acontecimientos, continuaron echados junto al agua, calentándose perezosamente al sol. Los pingüinos, en cambio, mostraron el más vivo interés por lo que ocurría a su alrededor: en ruidosas bandadas rodeaban a quienes trabajaban sobre los hie-

los e inclinando la cabeza con coquetería ora a un lado, ora a otro, posaban satisfechos ante los fotógrafos. Hasta el *Obi* llegaban con frecuencia ballenas, jadeando y lanzando grandes chorros de agua. A veces nadaban hasta el barco ballenas-golondrinas, que sembraban el pánico entre los pingüinos. Muy cerca del poblado, en una roca, apareció una enorme cantidad de aves. Por orden del jefe de la expedición, la zona de las islas y su abundante reino animal han sido declarados zona vedada.

El 15 de enero, el buque insignia se acercó al nuevo lugar de anclaje y se inerció en los hielos costeros. Se iniciaron intensos trabajos de asimilación de la zona donde debían llevarse a cabo las obras: los tractores descendieron sobre el hielo y las grúas comenzaron a descargar los pertrechos. Los colaboradores científicos que se hallaban a bordo empezaron a investigar en todos sus aspectos el lugar de desembarco. Fueron determinadas las coordenadas del poblado *Mirni*: 93 grados 00' de longitud Este y 66 grados 33' de latitud Sur. El 20 de enero atronaron los aires las sirenas: el *Obi* saludaba la llegada de la segunda motonave: el *Lena*.

Pueblo en el fin del mundo

Con la llegada del *Lena* se desplegaron en gran escala las obras de construcción del poblado y del observatorio. No había pasado un mes cuando en la costa desierta del Antártico se alzaron ya casas y laboratorios, brillaron las lámparas eléctricas y funcionaron las comunicaciones radiofónicas y telefónicas. El 5 de febrero llegó al lugar de desembarco de nuestra expedición el buque refrigerador No. 7, con víveres. Este pequeño barco había recorrido un difícil itinerario desde el puerto de Kaliningrado hasta las costas del Antártico a través de dos océanos. Pero no pudo romper los gruesos campos de hielo, por la que acudió en su ayuda el rompehielos *Lena*. Se acercó al buque, le abrió paso entre los hielos y lo condujo hasta el poblado *Mirni*. En el territorio de la expedición soviética comenzó la vida de trabajo.

¿Cuáles son las particularidades

geográficas de la zona donde se ha instalado la expedición antártica de la Academia de Ciencias de la URSS?

La expedición soviética ha desembarcado en la costa oriental del Antártico, bañada por las aguas del Océano Índico. Esta parte del continente es una meseta desarticulada de 1.000 a 3.000 metros de altura, cubierta de una gruesa costra de hielo. La zona donde opera la expedición tiene la forma de una franja alargada hacia el Polo Sur. Su extensión es de unos 2 millones de kilómetros cuadrados, sirviéndole de base en la zona costera situada entre 80 grados y 105 grados de longitud Este, es decir, desde la costa de Christensen hasta la de Knox, que es uno de los sectores menos explorados del Antártico.

Hace casi medio siglo

Los pocos datos científicos, anotaciones y diarios de los viajeros que visitaron antes estos parajes permiten hacerse cierta idea de esta parte del continente. En 1902-1903, no lejos del lugar donde se ha construido el observatorio *Mirni* invernó entre los hielos el buque alemán *Heuss*, que había trasladado al Antártico una expedición dirigida por Erich Drygalski, profesor de la Universidad de Munich. Los investigadores montaron sobre los hielos inmóviles, pequeños edificios para efectuar observaciones científicas, en tanto que un grupo dirigido por Drygalski se dirigió a la costa, que recibió el nombre de Tierra de Guillermo II. Al cuarto día, los científicos llegaron a la tierra firme y descubrieron un volcán apagado de 306 metros de altura, denominado monte de Hauss. Desde la cima del volcán, Drygalski vió en tres direcciones hielos continuos y hacia el nordeste, indicios de un «país elevado». Posteriormente comprobó que se trataba de una isla, a la que se dió en su honor el nombre de Drygalski.

La invernada del *Hauss* en la «bahía» helada transcurrió sin incidentes. Sólo durante una de las marchas en trineos cayó sobre los viajeros una nevasca antártica, que estuvo a punto de cubrirlos por completo. La expedición de Drygalski consiguió aclarar que el

En las costas del Continente Antártico

había grutas. Los investigadores verificaron también que a 70 kilómetros de la costa fundamental, a cerca de 1.000 metros de altura, existían gruesas costras de hielos continentales cortados por picos y crestas de las montañas. En algunos sitios se veían heleros de valle con gigantescas cascadas de hielo y numerosas grietas brillantes.

En 1935-1936, la costa oriental del continente antártico fué visitada por la expedición noruega de Christensen. No lejos de la Tierra de Guillermo fué descubierto el helero submarino occidental, de 29.000 metros cuadrados de extensión. En la bahía de Olof, los noruegos encontraron un puerto cómodo, al que dieron el nombre de Zande-fiord. La costa está libre allí de hielos en una extensión de 100 kilómetros. En algunos lugares se alzan colinas oscuras y carentes de toda vegetación. En la costa septentrional de la bahía hay una gran explanada de 260 kilómetros cuadrados, también libre de hielos, con algunos lagos.

Los pilotos norteamericanos descubrieron en 1947 en la costa de Knox un oasis semejante. Este oasis, al que se dió el nombre de Banger, tienen una extensión de 770 kilómetros cuadrados. Hay en él tres lagos, que, por lo visto, reciben sus aguas del mar. Llama la atención su color, que a causa de la microflora, es azul, verde o rojizo. La temperatura del agua en uno de estos lagos era de 4,5 grados sobre cero.

Una tarea muy complicada

Sin embargo, todos estos datos sobre las zonas vecinas a la ocupada por nuestra expedición tienen un carácter muy aproximado e inexacto. Por eso, la expedición soviética ha de cumplir una grande y complicada tarea: descubrir el secreto de las manchas blancas de la parte oriental del continente antártico.

Con motivo de los preparativos para el Año Geofísico Internacional se ha encargado a los hombres de ciencia soviéticos la realización de múltiples investigaciones. Se ha propuesto a los participantes en la expedición antártica 14 temas científicos, que abordan, en lo fundamental, los siguientes problemas:

Es necesario, ante todo, establecer la distribución de los elementos atmosféricos sobre el Antártico. Como se sabe, los procesos fundamentales que tienen lugar en la atmósfera de la Tierra están enlazados entre sí. Es plenamente comprensible, por ello, que la falta absoluta de un estudio de los fenómenos atmosféricos en el Antártico haya constituido hasta ahora un obstáculo esencial para

conocer los procesos mencionados. El estudio de las leyes que rigen los procesos meteorológicos, de las particularidades del campo barométrico y de los procesos sinópticos en el Antártico permitirá determinar la influencia que ejercen sobre la circulación general de la atmósfera de la Tierra. Esto, a su vez, ayudará a mejorar considerablemente los métodos para determinar los pronósticos del tiempo a largo plazo.

Mucho hay que investigar

No menos interés tiene investigar las leyes fundamentales del desplazamiento de las aguas antárticas y establecer los lazos que les unen a la circulación de todas las aguas oceánicas. Para resolver esta tarea, el grupo marítimo de la expedición debe trazar un cuadro general del régimen térmico y dinámico de las aguas del Polo Sur, determinar el carácter del intercambio de aguas y de calor, etc.

Es asimismo muy importante el estudio de la morfología del fondo y de las leyes que rigen los sedimentos y la formación de los mismos en las aguas antárticas. Para ello es necesario investigar minuciosamente el relieve del fondo del océano por medio de un aparato especial —el eco-sonda—, confeccionar nuevos mapas barométricos, estudiar con detalle la geomorfología y la estructura geológica del fondo y aclarar la influencia de su relieve en la circulación de las aguas oceánicas.

Las difíciles condiciones que crean los hielos en las aguas del Antártico representan un serio obstáculo para la navegación en esta zona. Al mismo tiempo, los hielos marítimos del Antártico ejercen gran influencia sobre la circulación atmosférica y la dinámica de las masas acuáticas del océano. Por eso, el estudio del régimen de los hielos de las aguas antárticas tiene gran importancia científica y práctica. Durante estas investigaciones se dedica atención singular a estudiar las propiedades físico-mecánicas de los hielos y a determinar el papel de los icebergs en la formación de los mismos. La solución de todos estos problemas mejorará notablemente las condiciones de navegación en el Antártico.

Preocupanse por las ballenas

En los trabajos de la expedición ocuparán un considerable lugar los problemas de la caza de ballenas. Las reservas de cetáceos en la zona donde opera actualmente la flota ballenera soviética *Slava* decrecen notablemente. Los biólogos llevan a cabo actualmente interesantes investigaciones, que permiten establecer la distribución

por temporada, del plancton y de los peces pelágicos que sirven de alimento a las ballenas, del cual dependen las concentraciones de éstas en los distintos sectores del océano.

Los grupos terrestres de la expedición tienen ante sí tareas de gran magnitud. En el programa de trabajos figuran la confección de mapas geológicos, glaciológicos y geomorfológicos de los territorios por investigar, así como la caracterización físico-geográfica de los relieves contemporáneos del Antártico y de los procesos de la Naturaleza. Las observaciones serán efectuadas mediante investigaciones geográficas y la fotografía aérea por itinerarios diversos. La determinación del régimen térmico de los heleros y la investigación de las leyes y de la velocidad de movimiento de la cobertura gélida, permitirán explicar los procesos de la congelación antigua y moderna de la Tierra.

Por último, con motivo de las cuestiones especiales vinculadas al temario del Año Geofísico Internacional en el plan de actividad de la expedición soviética ocupará un lugar destacado el estudio de las peculiaridades de los fenómenos geofísicos que se registran en el Antártico. Ese estudio comprende los fenómenos sísmicos, los campos geomagnéticos, constantes y variables, la ionosfera, las auroras boreales, la intensidad de los rayos cósmicos, su relación con los fenómenos meteorológicos y magneto-ionosféricos, etcétera.

Poco se sabe de fauna y flora

Teniendo en cuenta la extrema insuficiencia de datos sobre la fauna, la flora y el terreno de la superficie del Continente antártico, grupos expedicionarios llevarán a cabo investigaciones biogeográficas en muchos puntos del mismo.

La expedición mixta soviética emprendió las investigaciones científicas en cuanto llegó al sexto continente. El 16 de enero, el avión N-465, piloteado por el aviador polar I. Cherevichni, hizo un reconocimiento de la costa en dirección al oasis de Banger. A bordo de la aeronave se encontraba el profesor K. Markov, doctor en Ciencias Geográficas. El avión voló sobre el helero submarino de Shackleton, llegando a 107 grados de longitud este. Se descubrió que, en el tiempo transcurrido desde que fué estudiado por la expedición australiana de Mawson, el área del helero se ha reducido considerablemente y que los heleros del valle que descienden desde el Sur han retrocedido en grado notable. Fueron descubiertos nuevos y grandes heleros de valle,

antes desconocidos, al este del helero de Shackleton.

Un grupo de expedicionarios, encabezado por el geógrafo E. Korotkévich, se dirigió en dos aviones al oasis de Banger para estudiarlo detenidamente. Esta zona ocupa cerca de 500 kilómetros cuadrados. Entre el infinito océano de nieves y hielos eternos apareció de pronto ante los exploradores la negreante superficie montañosa de la tierra libre de hielos, surcada por decenas de lagos y riachuelos grandes y pequeños.

Vida a mitad del desierto

En las orillas de las arterias acuáticas cubiertas de líquen y a veces de musgo, anidan albatros y otras aves. En los lazos han sido descubiertos organismos vivos. A juicio de los sabios soviéticos, el oasis surgió hace muchos miles de años al retroceder el helero. Hasta ahora existía la opinión de que la aparición de este oasis se debía al profundo calor volcánico o a un incendio de hulla en las entrañas de la Tierra. Los sabios soviéticos han refutado este punto de vista, estableciendo que el oasis de Banger surgió al hacerse más templado el clima del Antártico y como consecuencia de las favorables peculiaridades microclimáticas de esta zona.

El 6 de febrero surcaron el éter unas nuevas notas: empezó a funcionar la emisora del observatorio Mirni. A las 10 horas 15 minutos transmitió el radiograma N° 1 a la motonave *Obi*. Desde ese momento llegan a Moscú regularmente partes meteorológicas procedentes del observatorio Mirni. Desde ese momento, la sección de pronósticos de la Dirección de la Ruta Marítima del Norte recibe periódicamente partes meteorológicas del observatorio Mirni.

A comienzos de marzo se iniciaron los preparativos para organizar otras dos estaciones científicas en la profundidad del continente: la *Sovietskaya* y la *Vostok*. Una de ellas fué montada en la zona del Polo Sur; otra, cerca del polo geomagnético. Para conocer la zona donde funcionaría la estación *Vostok* se ha efectuado un vuelo de reconocimiento sobre el polo geomagnético, bajo la dirección del doctor en ciencias geográficas M. Somov, jefe de la expedición antártica. La expedición verificó que el polo magnético se encuentra en una meseta completamente lisa de 3.500 metros de altura.

Hasta aquí el autor. Los trabajos de indagación prosiguieron durante meses y las conclusiones científicas de la expedición permanecen secretos por orden de las insignes autoridades rusas, con lesión evidente para la solidaridad científica internacional.



LA POESIA

PENA DEL AVE CAUTIVA

(A la gran poeta chilena, Lilliana Echevarría, que tanto ama las flores y los pájaros...)

¿Qué importa que sean de oro los hierros de mi prisión ni que alabes con fruición de mi garganta el tesoro, si a cambio de este sonoro y melódico cantar con que vengo a deleitar tus horas de aburrimiento me privas, por el sustento, del derecho de volar...?

¿Qué importan tus caricias, tus besos, tus mimos, si las delicias de mis trinos siempre a ti aquí te di con mi canto sonoro bordando estrofas de oro en tu pobre soledad...?

¿Qué importa de amor el rito si yo amo el cielo infinito, si yo amo la libertad!...?

¿Qué importan los desvarios de esos caprichos que estilas si yo llevo en mis pupilas la nostalgia de los ríos, y de los bosques umbríos siento el eterno añorar cuando canto y al cantar quiero que expresen mis trinos que te quedes con tus mimos ¡pues yo nací para volar...!?

C. Vega Álvarez



CANTO DE JULIO

Estoy aquí sentado en el mulido césped de la orilla que baña la serena corriente del límpido Garona.

Con la brisa se mecen las hojas de los chopos: corazones que tienen las venas rameadas de un verde transparente.

Azul es la llanura, y azules las pendientes de los montes lejanos coronados de nieve.

¡Qué remanso en la vega! De las praderas vienen rumores de caricias y de besos ardientes.

Es el amor que pasa con sus aladas huestes de blancas mariposas, que giran, van y vienen cual onda luminosa que en el azul se pierde. ¡Amor el de los campos, que va sembrando bienas henchidos de la Gracia!

¡Cuántas veces he sentido tus risas y tus besos agrestes halagar mis oídos y acariciar mis sienes!

¡Oh, los días de julio, junto a la clara fuente, o como aquí, sentado sobre la juncia verde, de cara a las colinas doradas por las mieses de los trigos maduros!

¡Qué armonía que tienen, amor, en estas horas, cuando los campos duermen, tus mensajes sonoros!

Tan pronto me parecen claros trinos de alondra, gorjeos que enternecen o arrullos de torcaz; pero, luego, tienes la imagen fugitiva del mirlo que desciende de la copa del árbol, cuando el silbo estridente de la hembra le llama y salta de repente.

¡Amor el de los campos, eterno amor, que hoy vienes a mis pies doloridos y en mi regazo viertes los pomos olorosos de las flores silvestres!

¡Qué variedad la tuya! Tu imagen me parece rosa de los cantiles, campánula celeste, margarita del prado, biznaga que florece, lirio, nardo, jazmín...

Y en todo estás presente, generador del mundo que palpita y que siente, y ríe y canta y llora, y goza y sufre y quiere.

Por eso eres eterno: porque es tu germen la esencia de la vida y el dolor de la muerte.

Domingo Iglesias

CANTE HONDO

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Con voz arrogante, cada alborada, a los cuatro vientos el gallo proclama tu fuero vital...

De Oriente a Occidente, del Sur al Septentrión, tu nombre sonoro las gentes aclaman.

(Antaño, a su hechizo temblaba el tirano; hogaño es señuelo de la tiranía...)

¡Oh, Libertad, soñada Libertad, bien indecible que el pájaro canta y el aire voltea por el vasto mundo: quíen tu espíritu penetra te rinde su corazón! Te exalta el artista, el sabio te protege y el ilota suspira por ti...

¡Oh, Libertad, ansiada Libertad, Dulcinea de cautivos, adorada de los nobles que los viles escarnecen, que violan y calumnian; Libertad, sol de la vida

— fontanar de luz, raíz de la Historia —; Libertad, primo derecho de los hombres y los pueblos: todos conocen tu nombre — todos, todos — y aunque pocos te confiesan con sus actos los más despreciados te respetan.

(Los que más la han comprendido: los que sufren cautiverio, los que muerde la opresión).

Libertad: te brindé el brazo y el cerebro y una espada de entusiasmos juveniles. Y aunque nunca, nunca, nunca, novia excelsa, nunca, nunca, nunca más alcance a verte victoriosa

y me pudra en el encierro por amarte, siempre, siempre, siempre, siempre ¡hasta la muerte!

proclamaré tu virtud.

Liberto Sarrau

Prisión Celular de Barcelona, 1952.

GALLINERO ONUENSE

Larga noche de recuento ruido y viento... gallinero días largos sin portento, arrugados plumas verdes plomizo el intelecto: papagayos inconscientes, ¡bla! ¡bla! ¡bla! aves del firmamento.

Política: de pájaros cruentos y hierros viejos oxidados si se hace el recuento: superficies de pechera hojalata y trapos viejos colorin colorau... decorados del talento.

O, N y U reñidero y rascacielos transparencia cristalera refugio

de loritos muy contentos cardos para enfermos, gritos... de climas opuestos, generales, abogados, chulos y chupópteros, capitalistas reacios y... padrecitos «proletarios», círculo, ruedo, ¡espectáculo!

¿No se enfadarán los pueblos de tragar liebre con gato, sus lacayos y los amos e impostores renacuajos, sanguijuelas de países y padrinos voluntarios? Tanto monta, monta tanto, amorosos y alguaciles por el bien de los humanos, sin que nadie sepa nada, sin permiso ni consulta de polluelos desplumados.

Fisonomía O N U-ense: festival tinieblas enredadera de halagos, acuerdo, del desacuerdo, reunión, de reuniones de pianos destemplados y abadejos rancios, coletas, de reliquias de antaño.

¡Así!!! días y horas pasando mientras envejece el mundo, descendiendo, tropezando, en peldaños, el gallito onuense y perros amaestrados insistiendo, reuniendo, sin... poder cogerse el rabo.

Trenc

C A M P O S



— Ha perdido usted el autocar — dice la mujer, algo escandalizada —. Salíó hace ya mucho rato y hasta mañana no hay ninguno.

El perezoso paga cena y cama bajo su mirada desaprobadora y, una vez en la calle, se mete en la primera barbería. Si tuviera que caracterizar el sur en tres palabras citaría seguramente a las barberías junto a los niños y las moscas. Todos los pueblos de Murcia y Andalucía rivalizan en número y, a juzgar por mi experiencia, su horario es muy elástico. Una noche, en Guadix, conté dieciséis y entré en la decimoséptima cuando eran las once tocadas. La de Nijar es más misera aún que las guardiñas y, mientras el barbero me enjabona la cara me entretengo mirando el mosquero, los frascos y un ventilador que luce en la rinconera, de adorno.

— ¿A cuántos kilómetros queda Lucainena?

— A diez, debe estar...

— ¿Y Carboneras?

— Lo menos a veintisiete. Como no tenga usted auto...

Yo voy a pie y el barbero explica que Lucainena, Carboneras y Turrillas son pueblos sin interés y no vale la pena visitarlos.

— Además no encontrará un alma por allí. Mejor que dé usted media vuelta y tire hacia el Cabo de Gata.

— Queda lejos también.

— Lejos sí está. Pero es más curioso que Carboneras y le será fácil parar algún auto.

El barbero se expresa con el acento cantarin que tienen a menudo los hombres de la provincia y, al acabar su trabajo, me pone un poco de talco en la barba.

— ¿Cuánto es?

— El señor me debe seis reales.

El sol castiga duro a aquella hora, y como el domingo no hay camiones, ni carros, sigo los consejos del barbero y echo a andar en dirección de Gata.

El camino es el mismo que tomé al venir, pero en lugar de seguir la calle hasta el surtidor de gasolina y continuar por la carretera comarcal, tuerzo a la izquierda por la antigua entrada del pueblo y serpenteo entre los muros de piedra hasta la puerta del camposanto.

A la derecha, las montañas se entrelazan hasta perderse de vista en el horizonte. A la izquierda, son las tierras albaras del llano, cultivadas a trechos y esfumadas por la colina. Por poniente bogan nubecitas vedijosas. Las cigarras zumban en los olivares. Encampanado en el cielo, el sol brilla sobre el campo de Nijar.

HABIA dicho a la patrona que me despertase de alborada con el sano propósito de ver despuntar el sol sobre la sierra, pero las sábanas se me pegaron más de lo debido. Los felices trabajadores a domicilio hemos abandonado la costumbre de madrugar para ganar el pan, y el autor de estas líneas se levanta a la hora en que el guadapero lleva el serillo del almuerzo a los segadores.

La carretera se ciñe a la forma caprichosa de los balates y, al llegar al cruce, repecha la cuesta, deja atrás el poste de gasolina, aterrizan en el llano. La pareja de civiles que está de facción en el teso me contempla mientras me alejo del oasis de verdor que varios siglos de trabajo silencioso y anónimo han logrado crear junto al pueblo y me interno en el desierto que lo rodea, por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua.

El camino es recto, parece que no tenga fin. El arbolado ralea poco a poco. Los últimos acebuches son aparrados y canijos y, al desaparecer ellos también, me encuentro solo en medio de un mar de arcilla, sin más brújula que el ennegador reverbero del sol sobre la carretera.

Al cabo de media hora de marcha el calor se hace insostenible. La llanura se cuece entre espirales de calina. Las cigarras zumban amodorradas. El propio viajero — que, desde que vive en el norte se ahila y desmedra como las plantas privadas de luz y es un apasionado del sol — siente el agobio del trayecto y empieza a buscar un trocito de sombra donde tumbarse.

No hay ninguno y continúo todavía un buen rato. A lo lejos se divisa la carrocería brillante de un automóvil, parado al borde de la cuneta. Debe de estar a poco menos de un kilómetro y el chófer camina por el alquitranado.

En la tierra parda, lo henequenes suceden a las chumberas. Un culebrón asoma su astuta cabeza entre las zarzas y luego se desvanece. A la izquierda hay un cortijo en alberca con la consigna del Instituto, MAS ARBOLES, MAS AGUA, escrita con alquitrán sobre el muro.

El automóvil está ahora a trescientos metros y el hombre parece esperarme, apoyado en el guardabarros. Al poco, descubro que no va solo y veo otro, sentado al pie del talud. En el campo de henequenes un mozo desmocha terrones con la azada. Un tordo alirrojo se posa en las chumberas del camino. Las nubecillas condensadas en la sierra se aborregan. La calina ondea sobre el llano.

El coche es un « Peugeot 403 » y lleva matrícula de París. Su conductor — hombre rubio, de una cuarentena de años — va

vestido como explorador de película, con pantalones cortos de color caqui y camisa blanca. Sólo le falta el casco.

— Pardon, señor. — *Est-ce que vous savez «dónde agua»?* — dice cuando llevo junto a él.

— *Je ne sais pas; c'est la première fois que je prends cette route.*

El hombre amusa la vista con cierta sorpresa. El sudor le chorrea por la cara.

— *J'ai oublié de mettre de l'eau dans le réservoir et je suis en panne* — añade al cabo de unos instantes —. *Il n'y a aucune fontaine aux environs?*

— *Je ne sais pas, mais ça me paraît un peu difficile. De l'eau ici...*

— *C'est embêtant. Voilà plus d'une heure qu'on attend et encore on n'a pas vu de bagnole.*

Por la ventanilla del coche asoma una cabeza de mujer, colérica, con la nariz despelada.

— *Je te l'avais dit quarante fois. Toute cette région-là c'est le désert. Maintenant essaie de trouver de l'eau. Cela t'apprendra à m'emmenner dans des pays pauvres.*

Veux-tu la fermer — dice exasperado el hombre.

Junto al talud hay un viejo con una chaqueta raída y, al oírle, el corazón me da un brinco en el pecho. Aunque tiene la cara medio oculta bajo el ala del sombrero, barrunto que es el mismo que, la vispera, me ofreció las tunas en el mercado.

— Explíqueme que hay un pozo a dos kilómetros de aquí — dice sin reconocerme.

— *Il dit qu'il y a un puits à deux kilomètres d'ici.*

— *De quel côté?*

— ¿Hacia qué dirección?

El viejo se incorpora y veo sus ojos cansados. Son los mismos de ayer, pero ahora ya no imploran nada.

— ¿Ve usted aquel cerro detrás de las chumberas?

— Sí.

— Al otro lado hay un cortijo donde encontrará agua.

Traduzco las indicaciones del viejo y el turista abre las puertas del coche.

— *Il paraît qu'il y a un puits là-bas.*

La mujer hace como si no lo oyera y se abanica furiosamente con el periódico.

— *Au revoir* — nos dice el hombre —. Muchas gracias.

El viejo y yo continuamos por la carretera. El sol aprieta fuerte y mi compañero lleva un cenacho enorme en el brazo.

— Habla usted muy bien el español — dice al cabo de cierto tiempo.

— Soy español.

— ¿Usted?

El viejo me mira como si desbarrara.

— No. Usted no es español.

— ¿No?

— Usted es francés.

— Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros. Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando un mal gabacho.

— Mire — digo echando mano al bolsillo —. Aquí está el pasaporte. Lea. Nacionalidad española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

— ¿Dónde dice que vive usted?

— En París.

— ¡Ah!... lo ve... — exclama triunfante —. Entonces es usted francés.

— Español.

— Bueno. Español de París.

Su conclusión es irrefutable y renuncio a la idea de discutir. Durante unos minutos caminamos los dos en silencio. La carretera parece alargarse indefinidamente delante de nosotros. El viejo lleva el cenacho cubierto con un trozo de saco y le pregunto si aún le quedan tunas.

— ¿Tunas? ¿Por qué?

— Ayer por la tarde ¿no estaba usted en Nijar?

— Sí, señor.

— Es que me pareció verle allí en el mercado.

— ¿Y todavía dice usted si me quedan tunas?

El viejo se detiene y me mira casi con rabia.

— Las que usted quiera. Tenga. Se las regalo.

— No le había dicho eso...

— Pues se lo digo yo. Cójalas. Y, si no le gustan, escúpalas. No me ofenderé.

Ha quitado el saco de encima y me enseña el cesto lleno de chumbos.

— Quince docenas. Se las doy gratis.



de NIJAR



por Juan GOYTISOLO

— Se lo agradezco mucho, pero...

— No debe agradecerme nada. Nadie las quiere. Tengo mi mujer en la cama, con fiebre. Necesito ganar dinero y ¿qué hago? Coger varias docenas de tunas e irme al pueblo. ¡Imbécil que soy! La gente prefiere que le pidan limosna en la cara.

El viejo deja caer las palabras lentamente, con voz ronca, y se vuelve hacia mí.

— ¿Las sabe usted cortar?

— Sí.

— Entonces, venga. Le daré un tenedor y un cuchillo.

— ¿Ahora?

— Sí, ahora. Estarán un poco calientes, pero es igual. Frías tampoco tientan a nadie.

En la linde de la carretera hay una higuera amarilla y raquítica, pero da alguna sombra. Nos sentamos en el suelo y el viejo me tiende el cuchillo y el tenedor.

— Come usted las que quiera. Igual tendría que echarlas.

Yo digo que saben distinto que en Cataluña y el viejo calla y se mira las manos.

— Prefiero éstas. Son mucho más sabrosas.

— Lo dice usted para ser amable y se lo agradezco.

— No. Es la pura verdad.

Con el cuchillo corto los extremos de la tuna y rajo la corteza por en medio. Al levantarme sólo había bebido un mal café y descubro que tengo hambre.

— Cuando era niño, en casa las tomábamos por docenas.

El viejo me observa mientras como y no dice palabra:

— Mi padre nos prohibía mezclarlas con la uva porque decía que las pepitas malcasaban en el estómago y provocaban un corte de digestión.

El viejo se mira ahora atentamente las manos.

— Tengo dos hijos que viven en Cataluña — dice.

La música monocorde de las cigarras pone sordina a sus palabras. En la llanura el sol brilla como un tumor de fuego.

— Cuando era joven, mi mujer quería que tuviésemos muchos. La pobre pensaba que estaríamos más acompañados al llegar a viejos. Pero ya lo ve usted. Como si no hubiéramos tenido ninguno.

— ¿Dónde están?

— Fuera. En Barcelona, en América, en Francia... Ninguno volvió del servicio. Al principio nos escribían, mandaban fotografías, algún dinero. Luego, al casarse, se olvidaron de nosotros.

El viejo sonríe con gesto de fatiga. Sus ojos azules parecen desentendidos.

— El mayor no era como ellos.

— ¿No?

— Desde pequeño pensaba en

los demás. No en su madre, su padre o sus hermanos, sino en todos los pobres como nosotros. Aquí la gente, nace, vive y muere sin reflexionar. El, no. El tenía una idea de la vida. Su madre y yo lo sabíamos y lo queríamos más que a los otros, ¿comprende?

— Sí.

— Cuando hubo la guerra se alistó en seguida a causa de esta idea. No fué a rastras como muchos, sino por propia voluntad. Por eso no lo lloramos.

— ¿Murió?

— Lo mató un obús en Gandesa.

Hay un momento de silencio, durante el que el viejo me observa sin expresión. El viento levanta remolinos de polvo en el llano.

— En su país debe llover. Siempre he querido ir a un país donde haya lluvia, pero nunca lo he hecho y ahora... Está ya duro el alcacer para zampoñas.

Las palabras salen difícilmente de sus labios y mira absorto a su alrededor.

— Aquí han pasado años y años sin caer una gota, y mi mujer y yo sembrando cebada como estúpidos, esperando algún milagro... Un verano se secó todo y tuvimos que sacrificar las bestias. Un borrico que compré al acabar la guerra se murió también. No se puede usted imaginar lo que fué aquello...

La llanura humea en torno a nosotros. Una banda de cuervos vuela graznando hacia Nijar. El cielo sigue imperturbablemente azul. El canto de las cigarras brota como una sorda protesta del suelo.

— Nosotros sólo vivimos de las tunas. La tierra no da para otra cosa. Cuando pasamos hambre nos llenamos el estómago hasta atracarnos. ¿Cuántas dijo que se comía usted?

— No sé, docenas.

— En casa hemos llegado a tomar centenares. El año pasado, antes de que mi mujer cayera enferma, le dije: « come », haz igual que yo, a ver si reventamos de una vez, pero los pobres tenemos el pellejo muy duro.

El viejo parece verdaderamente desesperado y, como hace ademán de escapar, me incorporo también.

— ¿A cuánto las vende usted?

Torpemente saco un billete de la cartera.

— Es una caridad — dice el viejo enrojeciendo —. Me da usted una limosna.

— Es por las tunas.

— Las tunas no valen nada. Déjeme pedirle como los otros.

Por la carretera pasa una motocicleta armando gran ruido. El viejo alarga la mano y dice:

— Una caridad por amor de Dios.

Cuando reacciono ha cogido el billete y se aleja muy tieso, con el cenacho, sin mirarme.

El coche de línea de Carboneras sale de Almería a las cinco y media de la tarde. Don Ambrosio me había dejado en el cruce de Nijar y San José, y durante cerca de una hora permanecí al borde de la cuneta, aguardándolo. La tempestad se condensaba sobre los picos de la sierra de Gata, y paralelamente, sentía dentro de mí una saturación extrema... la conciencia de haber llegado al límite como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado. Sentado en la linde del camino acechaba las nubes foscas. El cielo era como un océano embravecido y en el campo había uno de esos silencios expectantes que preceden a la explosión de la tormenta: bandadas de pájaros volaban a ras del suelo, el aire estaba embebido de luminosidad. Todo anunciaba la inminencia del estallido y, a medida que el tiempo transcurría, aumentaba también mi necesidad de desfogarme.

Revivía los incidentes de mis tres días de viaje y la idea de lo que no había visto todavía — o me había pasado inadvertido tal vez — me abrumaba. Había comenzado a bajar alegremente la pendiente y descubría de pronto que no tenía fin. Don Ambrosio, el viejo de las tunas, Sanlúcar, Argimiro, la lista podía alargarse aún. En cada pueblo encontraría gentes parecidas. Unos me habrían alzado la voz y otros bajándola. Y el escenario siempre sería el mismo... y mi cólera y su desesperanza.

Cuando el autobús apareció en el horizonte, empezaba a llover. Me incorporé de la cuneta agitando los brazos y el chófer frenó y abrió la puertecilla.

— ¿A Carboneras?

— Sí, señor.

— Suba.

Me acomodé en uno de los asientos de atrás y el coche arrancó de nuevo. Los viajeros me observaban con curiosidad. Eran diez o doce, y sus rostros me resultaban vagamente familiares, como visto ya en otros autobuses de la provincia, camino de otros pueblos.

— Se ha salvado de milagro.

— ¿Decía?

— ¿No ve usted cómo llueve?

El turbión se desencadenaba con furia y lo contemplé a través de

los vidrios salpicados de barro. El cielo era de color jalde, los pájaros habían desaparecido y el agua convertía la llanura en una inmensa charca crepitante.

— Fíjese de qué color viene la lluvia...

— Al que pille fuera lo pone perdido.

— Es el polvo que hay. ¿Se da usted cuenta?

Yo continuaba con la nariz pegada a los cristales... temía llorar también y que mis lágrimas resbalaran por la mejilla, sucias y polvorientas. El coche se detuvo a la entrada de Nijar. Dos días antes había recorrido el camino a pie con José y sus camaradas y me parecía que desde entonces habían transcurrido dos siglos. Miraba al puesto de los civiles, el surtidor de gasolina, las mieses acamadas por la tormenta, y tenía la impresión de haber soñado.

— ¿Ve usted esta hoyita? — señaló mi vecino —. Hace unos años el coche volcó allí al dar la vuelta y hubo un montón de muertos. Dicen que el conductor iba bebido.

El autobús avanzaba prudentemente y el paisaje se deslizaba triste y lívido, iluminado a trechos por el resplandor de los relámpagos. Entre Nijar y Carboneras hay varios kilómetros de tierras rojas, de las que se extrae la granatilla. Lavado y cribado, el mineral pasa a unos depósitos que de lejos recuerdan, a causa del color, esos campos de Murcia y Levante donde en verano ponen a secar los pimientos. El chófer había frenado para recoger al capataz de la mina y el viaje prosiguió, más irreal que nunca, a través de montañas lunares y grises, parameras y canchales.

— ¡Los Arejos!

No se apeó nadie. El autobús parecía el Buque Fantasma; un Buque Fantasma que flotaba entre los picos de la sierra, prisionero del barro y de las nubes. La radio estaba encendida a toda potencia y emitía una extraña barandada de sonidos que cubrían — hasta ahogarla — una aria de ópera italiana. Transcurrían varios minutos.

— Bueno. Ya llegamos.

En Almería, cuando se mencionan Carboneras, la gente toca madera y se santigua. Supersticiosamente muchos evitan pronunciar el nombre y hablan del pueblo en perifrasis: « ste puerto que queda entre Garrucha y Aguas Amargas ». « Este sitio que no se puede decir » y otras frases por el estilo.

→



RAZON Y SINRAZON

HABIENDO en 1956 recaído por cuarta vez, el Nobel de literatura sobre una figura del mundo hispanoparlante, acaso sea oportuno un breve comentario en torno a la ausencia de un criterio riguroso y justo que parece presidir la decisión de los jueces de Stockholm. Esta carencia de una norma o de una pauta intelectual, severa y bien definida, para conceder el Premio, empieza a restarle categoría consagrada al más famoso laurel internacional a que hasta hoy podía aspirar un creador. Porque no obstante la evidente arbitrariedad con que en varias ocasiones se ha otorgado desde el primer instante, y las circunstancias ajenas al mérito literario que intervienen —y con frecuencia influyen o deciden— la designación del agraciado, el Premio Nobel ha sido por más de medio siglo, el más codiciado y consagrado galardón que un escritor podía ambicionar.

No es la cuantía económica que el Premio representa lo que lo ha prestigiado y hecho tan deseable. Desde este punto de vista la recompensa es insignificante si se la compara con otras mucho menos apetecidas. Ernest Hemingway, por ejemplo, recibió una suma muchas veces más grande por los derechos de filmación de una de sus novelas —*For Whom the Bell Tolls*— que la que el Premio Nobel le otorgó en 1954 por toda su ejecutoria de narrador. Lo mis-

mo puede afirmarse de otros muchos escritores cuyas obras han sido filmadas. Otro caso semejante es el de Vicente Blasco Ibáñez, cuya traducción al inglés lo convirtió en millonario o poco menos. Y sin embargo, no cabe duda de que era el Premio Nobel la recompensa que mayor significación tenía para todos ellos.

Para un creador auténtico, el factor económico es siempre de categoría secundaria. No implica esto que lo desdén, pues invirtiendo los valores del apotegma evangélico hay que admitir que no sólo de espíritu vive el hombre —ni siquiera los artistas y poetas. Mas es un hecho incontrovertible que los grandes escritores jamás prostituyeron ni subordinaron su genio al propósito de lucro o granjería. Sumisos y hasta obsequiosos con los poderosos si lo han sido muchos en el sentido de haber servido los intereses económicos y las jerarquías político-sociales y religiosas que en su época y en su ambiente regían; pero aún en tales casos —y la etapa renacentista europea es el ejemplo más probatorio— el escritor o el artista que servía a los grandes señores o a la Iglesia aceptaba de buena fe y como legítimos y válidos el orden de ideas y jerarquías sociales que en sus días predominaba.

Lo que añade prestancia y rango al Premio Nobel y lo hace tan codiciado, es la aureola de areó-

pago mundial del talento que *ab initio* adquirió. Ciertamente desde el primer instante, la Academia de Suecia que anualmente lo otorga, prefirió a muchos de los más grandes escritores que en los últimos cien años se han dado, y en cambio ha premiado a no pocos de muy inferior alcurnia; pero entre los elegidos, el número de los geniales es suficiente para acreditar y afamar el Premio, y convertirlo por muchos años en espaldarazo consagrado, capaz de impartir la inmortalidad.

Es de lamentar, sin embargo, el hecho de que la Academia sea una corporación tan conservadora, y que en sus laudos anuales intervengan de manera tan decisiva consideraciones ajenas al mérito literario y a los valores espirituales de la obra que intenta premiar. Tales consideraciones y tal proclividad conservadora han predominado en muchas de sus decisiones, empezando por el primer premio que otorgó, año de 1901. Víctimas de las preocupaciones político-sociales y de los prejuicios de los miembros de aquel organismo han sido gran número de escritores y poetas de máxima calidad, muchos de los cuales superan en todos sentidos a la mayoría de los galardonados hasta el presente.

En siete ocasiones se ha declarado desierto el Premio Nobel, o sea en los años de 1914, 1918, 1935, 1940, 1941, 1942 y 1943, y lo han

recibido hasta hoy cincuenta personalidades. (Recuérdese que en 1904 se dividió entre Frederic Mistral y José Echegaray). Pues bien, si exceptuamos a unos cuantos reemplazados, tales como Romain Rolland (1915), Anatole France (1921), George Bernard Shaw (1925), Henri Bergson (1927), Thomas Mann (1929), Eugene O'Neill (1936), y acaso dos o tres más, el resto de los favorecidos son de muy inferior significación en la cultura occidental que gran número de los preteridos, como luego se verá.

Las razones de índole política que con frecuencia deciden la concesión del Premio de Literatura, son aún más evidentes en el otorgamiento del Premio de la Paz. Sólo la flagrante arbitrariedad de la Academia puede explicar la injusticia de que hasta hoy no se les haya concedido el Premio Nobel de la Paz a ninguno de los dos hombres que con mayor abnegación, perseverancia y honradez han lidiado en pro de la paz internacional durante los últimos seis u ocho años: Jawaharlal Nehru y Krishna Menon. Lo mismo podría decirse de otros Premios; pero en este comentario deseo limitarme al Premio de Literatura.

¿Cómo explicar —sino por razones políticas— la anomalía de que entre 1901 y 1930, cuando vivían todavía algunas de las figuras de mayor tamaño que los Estados Unidos han dado, tales como Mark Twain, Henry James, Theodore Dreiser, George Santayana, Edith Wharton, y algunos poetas notables, no recayera el Premio en aquel país? En cambio, a partir de 1930, cuando ya los Estados Unidos se habían convertido en la primera potencia económica, industrial y militar del mundo, se le otorgó con mayor frecuencia que a ninguna otra nación; cinco veces en veinticinco años, no obstante el hecho evidente de que algunos de los reemplazados carecen del calibre alcanzado por los postergados.

Más evidentemente político fue el laudo de 1953, que concedió el Premio de Literatura a un político profesional de toda la vida, de mentalidad imperialista y conservadora, jefe del partido *Tory* inglés, cuya ideología más pertenece al siglo pasado que al presente: Winston Churchill. ¿Cómo reconciliar este Premio de Literatura conferido a un político imperialista estilo siglo XIX con los postulados del testamento de Alfred Nobel, según los cuales el Premio de Literatura debía otorgarse a aquellos escritores cuya obra de creación, además del alto mérito literario, contuviera ideales o valores espirituales capaces de inspirar y estimular, no sólo al lector sino a otros intelectua-

Campos de Níjar

caracol dentro de su concha y, al volver a la plaza, busqué una taberna y pedí un litro de vino.

— ¿Jumilla?

— Sí, Jumilla.

En el lugar había dos hombres de mediana edad, pequeños y como arrugados y al oírme hablar con el patrón se habían acercado a mi mesa y se presentaron en seguida. El uno era aguador y el otro aperaba carros, y querían saber a dónde iba y si tenía familia por allí y cuánto tiempo pensaba quedarme.

— El país es pobre, pero hermoso — decía el aperador.

— En España no hay el adelanto de otras naciones, pero se vive mejor que en ningún sitio — decía el azacán.

— Los extranjeros, en cuanto pueden, se vienen paquí.

— En Andalucía, con el sol y un poquito de na, se las arregla usted y va tirando...

Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era también ser feos; que la belleza nos

servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta postal o pieza de museo.

— Por esto me gusta Almería. Porque no tiene Giralda ni Alhambra. Porque no intenta cubrirse con ropajes ni adornos. Porque es una tierra desnuda, verdadera...

Pero ellos seguían hablando de cante y toros, de sol y gachíes, y agarré la botella de Jumilla. La tempestad había desforado su cólera y yo seguía a cuestas con la mía, y el corazón me latía con fuerza y la sed me quemaba la garganta. Bebí un vaso y otro y otro y el dueño de la taberna me miraba, y, al acercarse a servirme otra botella, me enjugué la cara y le dije:

— Es una gota de lluvia.

Toda la tarde estuve vagando por el pueblo sin saber a dónde me llevaban los pasos. El cielo era de color gris, las calles parecían vacías y recuerdo que permanecí varias horas, sin moverme, acostado en la playa.

Unos niños rondaban alrededor mío a respetuosa distancia, y, al levantarme, oí decir a uno:

— Parece que se le ha muerto alguno. Mi madre lo ha visto llorando.

Como para mantener lo bien fundado de la leyenda, la estampa que ofrecía después del turbión se ajustaba exactamente a la que la imaginación popular le atribuía. La mayoría de las casas estaban cerradas, los habitantes se escurrían por las calles como sombras y el mar embestía contra la playa, negro y enfurecido.

El autobús bordeó el cementerio y el monumento a los Caídos por Dios y por España. Una pareja de civiles rondaban con el mosquetón en bandolera. Vi a una mujer con bocio con un chiquillo panzudo y un muchacho espigado que daba la mano a un ciego. Había cesado de llover y algunos viejos se asomaban a mirar a las puertas de las casucas.

El chófer se detuvo en la plaza, frente al Dispensario Antitracomatoso. Contorneando los muros del Castillo me acerqué a ver el mar. La playa estaba desierta y el viento azotaba el casco varado de las traíñas. La costa se alejaba en escorzo hacia los acantilados de Playa de los Muertos y Punta de Media Naranja. En dirección a Garrucha los farallones emergían festoneados de espuma. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como un

DEL PREMIO NOBEL

les? Y cuenta que en 1953 vivían todavía algunos novelistas, poetas y ensayistas de estatura universal, cuya ejecutoria literaria respondía exactamente a los preceptos o virtudes que Alfred Nobel demandaba, y a los cuales nunca laureó la Academia.

Para que el lector vea la sinrazón o prejuicio con que con frecuencia se otorga el Premio Nobel de Literatura, conviene hacer un poco de historia. Como ya se indicó, este Premio se otorgó por primera vez en 1901, y el recipiente fué un poeta francés de segundo rango: Sully Prudhomme. Pues bien, en esta época vivían todavía algunos de los más excelentes creadores que la humanidad ha producido. Ninguno de los que voy a nombrar mereció jamás los sufragios de los señores académicos de Stockolmo. Mencionaré sólo algunos de los más destacados, señalando en paréntesis la fecha respectiva de su muerte.

El primero en desaparecer fué Emile Zola (1902). Zola no sólo fué un extraordinario novelista cuya influencia se extendió a dos continentes, sino un gran valor humano superado por nadie en Francia ni en Europa durante muchos años. Su heroica y noble actitud durante el vergonzoso «affaire» Dreyfus lo convirtió en una especie de símbolo —y hasta de héroe— internacional. Mas tengo para mí que su magnífico reto a las fuerzas de la reacción y su valiente denuncia de la conjuración de estas mismas fuerzas contra la libertad y la democracia francesas, no fueron vistos con simpatía en el seno de la Academia de Suecia.

León Tolstoi (1910) era, *nemine discrepante*, creo, el novelista más prócer y de mayor talla que en el mundo existía en la primera década del siglo. Era también el creador cuya obra, más que la de ningún otro, por el auténtico espíritu cristiano que la permea, correspondía exactamente a los expresos designios del fundador de los Premios. Centenares de millones de lectores y centenares de intelectuales en muchas lenguas e innumerables países habían leído —y seguirán leyendo— con admiración y provecho espiritual al portentoso narrador ruso. Sin embargo, por razones que los señores académicos nunca han divulgado, este gigante quedó proscrito del Premio Nobel.

Tres veces por lo menos ha concedido la Academia el Premio a sendos escritores noruegos; pero el más recio de todos, y el único creador de aquel país que ha ejercido hondísima influencia en todo el mundo occidental, jamás fue agraciado con este laurel. Entre 1880 y 1910, más o menos, apenas surgió un dramaturgo en Europa a las dos Américas que directa o

indirectamente no fuera influido por el genial autor de *Peer Gynt*. Henrik Ibsen (1906) renovó el teatro occidental y hasta influyó en las costumbres y en la vida social de gran número de países. Pero su genio rebelde frente a la hipocresía, a los convencionalismos e injusticias de lo que en inglés llaman «era victoriana», lo condenó al gremio de los desterrados del cenáculo de Nobel.

No creo que ninguna persona enterada e imparcial ponga en tela de juicio la calidad genial de Benito Pérez Galdós (1920). Hacia los comienzos del siglo, el único novelista vivo que acaso lo aventajará era Tolstoi. Pues bien, la Academia, que en 1904 le reconoció beligerancia y le concedió la mitad del Premio al palabrero y mediocre José Echegaray, y, a tantos otros discutibles valores después, a Galdós lo proscribió de la lista. Galdós era un espíritu tan profundamente cristiano como anticlerical, y nadie en medio siglo de vida española ejerció tan benéfica influencia en aquel desdichado país. Mas como en los casos de Ibsen y de Zola, lo que en él hay de más valioso e imperecedero —y lo que Alfred Nobel se proponía premiar— fué precisamente lo que lo condenó al ostracismo del cónclave de Stockolmo.

Por idénticas razones —y por inconfesables prejuicios político-sociales— se le negó el Premio a Máximo Gorki (1936), quien, después de Thomas Mann era, acaso, el novelista más vigoroso y más leído que en el mundo occidental había entre 1910 y 1936. Igual desdén merecieron de los señores arcontes de la Academia sueca Joseph Conrad (1924); Thomas Hardy (1928); David H. Lawrence (1930); Gabriel D'Annunzio (1938); Benedetto Croce (1952); Georges Brandes (1927); y H. G. Wells (1946). Pocos espíritus más nobles y batalladores han surgido en el presente siglo que Herbert G. Wells y a muy escasos debe tanto la cultura y la causa de la libertad, la democracia y la dignidad humana como a este paladín del ideal. Pero Wells era un iconoclasta que arremetía sin amilanarse contra las fuerzas que representaban el privilegio, el oscurantismo y la explotación de los humildes, es decir, contra los que Ibsen sarcásticamente llamó Pilares de la Sociedad. No podía, por consiguiente, franquearse la entrada al reino de los favorecidos de la Academia.

Los casos de Romain Rolland (1944), de Anatole France (1924) y de André Gide (1951), laureados respectivamente en 1915, 1921 y 1947, merecen comentario aparte. Nadie creo que discutirá la justicia del fallo en el caso de los dos primeros; en el que favoreció a Gide en detrimento de varios otros

creadores de mucho mayor calibre espiritual y aún intelectual —exceptuada la cuestión de estilo— estimo que intervinieron motivaciones que nada tienen que ver con el mérito de su obra. Los libros de mayor envergadura de Gide estaban todos publicados ya cuando hizo su famoso viaje a Rusia, y a su regreso entonó su célebre palinodia contra el comunismo. Y sin embargo, no se le concedió la gracia hasta unos veinte años más tarde —sólo cuatro antes de su muerte— cuando los señores académicos estaban bien convencidos de que no reincidiría en veleidades de signo reductor. En cambio cabría preguntarse si Romain Rolland habría sido premiado después que abjuró del régimen capitalista, o Anatole France durante sus tres últimos años cuando empezó a dar señales de infidencia respecto a dicho régimen.

Un detalle en el que creo que no se ha reparado lo suficiente es el que representan las fechas en que el Premio de Literatura se ha declarado desierto: dos veces durante la primera guerra mundial, luego en 1935, cuando el fascismo y el nazismo alemán parecían en vías de conquistar el mundo, y por último, cuatro años seguidos durante la segunda guerra, no obstante el hecho de que Suecia se mantuvo neutral en aquel conflicto. No creo pecar de suspicaz si afirmo que las razones por las cuales se omitió la concesión del Premio entre 1939 y 1944, fueron de carácter exclusivamente político. Durante este cuadrenio los señores académicos se hicieron los suecos y prefirieron esperar a que el pleito se dirimiera y se averiguara quién en definitiva resultaría triunfador.

La relación de grandes figuras ya desaparecidas a quienes la Academia sueca les negó su veredicto, quedaría incompleta si no se añadiera a los ya mentados otros seis nombres de parejo linaje intelectual. Por tratarse de escritores hispanos, he preferido agruparlos en párrafo especial. Los citaré por el orden cronológico de su respectiva desaparición: Rubén Darío (1916), uno de los más grandes poetas del mundo en este siglo; Miguel de Unamuno (1936), filósofo, ensayista, dramaturgo, novelista y poeta; Antonio Machado (1939), sin disputa el más grande poeta que España ha producido desde el siglo XVII, y uno de sus más altos valores humanos; Enrique González Martínez (1952), poeta de alta significación espiritual y filosófica; José Ortega y Gasset (1955), una de las mentes más lúcidas y universales de la filosofía contemporánea, y un gran artista de la palabra; Pío Baroja (1956), a quien Ernest Hemingway proclamó superior a

muchos de los novelistas premiados. Si España y la América hispana pesaron tanto en el mundo de la política —y en el de las finanzas— como los Estados Unidos, no cabe duda de que la Academia de Suecia se habría mostrado menos displicente con estos eminentes espíritus. Igualmente próceres son Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos, cuyas candidaturas han sido presentadas desde hace años, pero hasta el presente no han traspuesto aún la antesala del cenáculo... lo mismo le ha ocurrido a Aldous Huxley y al más genial novelista ruso de los últimos cuarenta años: Mikhail Sholokhov...

Para que el lector pueda comparar y juzgar se da a continuación la nómina de los esritores premiados hasta ahora:

- 1901: Sully Prudhomme, Francia.
- 1902: T. Mommsen, Alemania.
- 1903: B. Bjornson, Noruega.
- 1904: Frederic Mistral, Francia.
- 1904: José Echegaray, España.
- 1905: H. Sienkiewicz, Polonia.
- 1906: Giosue Carducci, Italia.
- 1907: R. Kipling, Inglaterra.
- 1908: Rudolf Eucken, Alemania.
- 1909: Selma Lagerlof, Suecia.
- 1910: Paul Heyse, Alemania.
- 1911: M. Maeterlck, Bélgica.
- 1912: G. Hauptmann, Alemania.
- 1913: R. Tagore, India.
- 1915: Romain Rolland, Francia.
- 1916: V. von Heidenstam, Suecia.
- 1917: Karl Gillerup, Dinamarca.
- 1919: Carl Spitteler, Suiza.
- 1920: Knut Hamsun, Noruega.
- 1921: Anatole France, Francia.
- 1922: Jacinto Benavente, España.
- 1923: William Butler, Irlanda.
- 1924: Stanislaw Reymont, Polonia.
- 1925: Bernard Shaw, Inglaterra.
- 1926: Grazia Deledda, Italia.
- 1927: Henri Bergson, Francia.
- 1928: Sigrid Undset, Noruega.
- 1929: Thomas Mann, Alemania.
- 1930: Sinclair Lewis, EE. UU.
- 1931: E. Axel Karlfeldt, Suecia.
- 1932: J. Galsworthy, Inglaterra.
- 1933: I. A. Bunin, Rusia.
- 1934: Luigi Pirandello, Italia.
- 1936: Eugene O'Neill, EE. UU.
- 1937: R. M. du Gard, Francia.
- 1938: Pearl Buck, EE. UU.
- 1939: E. Silanpaa, Finlandia.
- 1944: J. V. Jensen, Dinamarca.
- 1945: Gabriela Mistral, Chile.
- 1946: Hermann Hesse, Suiza.
- 1947: André Gide, Francia.
- 1948: T. S. Eliot, Inglaterra.
- 1949: W. Faulkner, EE. UU.
- 1950: B. Russell, Inglaterra.
- 1951: Par Lagerkvist, Suecia.
- 1952: François Mauriac, Francia.
- 1953: W. Churchill, Inglaterra.
- 1954: Ernest Hemingway, EE. UU.
- 1955: Halldor Kiljan, Islandia.
- 1956: J. R. Jiménez, España.
- 1957: Albert Camus, Francia.
- 1958: B. Pasternak, URSS.
- 1959: S. Quasimodo, Italia.
- 1960: St-John Perse, Francia.

Manuel Pedro GONZALEZ

Maurice Vlaminck

EN la noche del viernes 10 al sábado 11 del mes de octubre de 1958 falleció el pintor Mauricio Vlaminck, a la edad de 82 años. En 1905 figuró como jefe de escuela en la «Salle des Fauves», donde exponía al lado de Derain, Matisse, Marquet, Braquet, etc. En adelante se desvió de esa tendencia para convertirse en pintor de la naturaleza, de la tierra, en un paisajista sincero. Por lo demás, el 2º pío Vlaminck podía ser considerado una «fuerza de la naturaleza», una figura de originalidad potente, más que acusada.

Vlaminck fué atleta, corredor ciclista, violinista «tzigán» con una bonita chaqueta encarnada en un restorán de la Exposición de París en 1900, y aún novatista popular, todo ello para alcanzar el mendrugo. Al término de su vida Vlaminck, aproximado a la naturaleza, que tanto amaba, constaba como masadero en Rueil-la-Gadellère, localidad a la salida de Verneuil, en la línea separatoria del Eure y el Eure-et-Loir. El pintor había adquirido unas vacas con el producto de una venta de telas suyas, y una finca bonitamente nombrada la «Tourillère», algo así como «torre rodante», o cuatro vientos.

Este hombre particular siempre se resistió a pasar por un artista de la paleta; le horrorizaba oírse llamar «maestro», y se guardó de disfrazarse con corbata (lavallière) y el chambergo tradicional de los aprendices de pintor de la época.

El flamenco de París

Vlaminck nació el 4 de abril de 1876 en París, 3, rue Pierre Lescot, en la vecindad del surtidor de la plaza de los inocentes, barrio de las Halles. Su padre, músico, era flamenco de raíz holandesa: de Vlaminck en neerlandés significa «el flamenco». Su abuelo tenía una taberna en Wambrechies, en el Norte. Su madre, lorenese, daba lecciones de piano y violín. En 1882 la familia se instaló en Le Vésinet, luego en Chatou, y como Mauricio manifestara afición al dibujo su padre le dijo:

— Para pintar precisas ser rico. En tu lugar trataría de llegar a jefe de la charanga de Chatou. Es una situación excelente.

A 18 años Vlaminck era ya un coloso rubio, de bíceps salientes, midiendo 1,85 de alto y pesando 87 kilogramos. En Chatou desdeña la charanga, pero se va a luchar con los forzudos de la feria.

Tumultuoso, siempre presto para el empuje, era, sin embargo, el más alegre de los compañeros. Nadie sabía reír como él, a mandíbula batiente. Era también gastrónomo famoso, que hubo de asustar más tarde, y por largo tiempo, a la señora Van Dongen.

Se podría hablar de Vlaminck como de un corredor ciclista de fama, al ejemplo de Leduc, Bobet, Anquetil, puesto que empezó por ambicionar la máxima notoriedad como corredor ciclista.

El 1 de agosto de 1893 se le daba por vencedor anticipado del Gran Premio de París, pero a última hora una angina lo retuvo en cama y en eso el campeón puso fin a su carrera.

Al regresar del 70 regimiento de infantería, acantonado en Vitry, y en el cual había pincelado los decorados para la fiesta de la unidad, Vlaminck entró en la orquesta del teatro Château-d'Eau, de París.

Un noche del 1920 entraba en Chatou en el tren Paris-St-Ger-

por A. V. DE WALLE

main, cuando su vagón fué terriblemente sacudido. Como previsto, el convoy había descarrilado, y nuestro hombre fue proyectado contra el viajero de enfrente, de la misma edad que la suya. Por esta fortuita circunstancia ambos trabaron conocimiento. La nueva conciencia era nada menos que André Derain, hijo de un comerciante a la vez concejal del ayuntamiento de Chatou. André, como Vlaminck, sentía pasión por la pintura.

Conjuntamente ambos amigos probaron su talento embadurnando con minio las rejas de los chalets de su barrio. Luego alquilaron en pago a medias un restorán abandonado en la isla de Chatou, transformándolo en taller. A partir de este momento Vlaminck se dedicaría enteramente a la pintura, abriendo, en 1904, su primera exposición en casa Berthe Weil. El primer cuadro que vendió le fué adquirido por un rico aficionado venido expresidente del Havre «con el fin de comprar las dos obras más feas del salón para disgustar a su yerno». La otra pieza adquirida por ese singular comprador estaba firmada Derain.

La última exposición de Vlaminck tuvo lugar en el curso del 1958 en Ginebra, Museo del Ateneo. El público hizo cola en la escalera central para presenciar la colección del artista.

Pintor y escritor

Vlaminck aprendió a utilizar la pluma como lo había hecho con los pinceles, guiado solamente por la explosiones inherentes a sus sinceridades. Entre otras

producciones escribió «Giro peligrroso» y «Retratos» antes de morir, con gran éxito para esta última. Mediante la pluma, puso mucho cuidado en explicar su obra, sus intenciones y su existencia misma:

«Yo no he trabajado nunca. He pintado solamente. Pero en todo lo que he plasmado en el lienzo no hay nada que no sea reflejo de mi manera de ser, de mis inconformismos (1), de mis indignaciones, de mi piedad, de mi ternura, de mis ensueños, de mis maravillosas sorpresas. Este peso de una vida confiada al color, a la tela, de una vida de hombre toda entera en cada una de sus horas; esta comunión de la flor con el árbol, el camino, el patio de la hacienda, el rumoroso oleaje de las espigas, los alimentos depositados sobre la mesa, las nubes, el azul celeste en juego



tensión sucede a la extensión. Aquí uno registra un sentimiento de grandeza la impresión de lo infinito, de lo eterno...»

Y los suyos

Este hombre de la tierra, este atleta equiparable a un roble, tenía ojos de un azul admirable, parejos a un cacho de cielo, sabiendo sonreír ante un niño, en presencia de un manojo de flores silvestres. Era un coloso tierno y sentimental.

Se había casado de muy joven con una muchacha tan poco añosa como él, llamada Susana. Del matrimonio, tres hijas: Magdalena (fallecida en 1953), Solange y Yolanda.

Después de la primera guerra mundial desposó en segundas nupcias a una mujer de tipo reposado, que era para él consejo y sabiduría: Berta Combes. De ésta y Vlaminck, otras dos hijas: Eduvigis y Godelieve; la primera morena y cabelluda, como su padre; la segunda, rubia con ojos azules, dulce como su madre. Ambas explotan las tierras de la Tourillère y una de ellas forma parte del consejo municipal de Rueil-la-Gadellère.

Nuestro artista vivía en la Tourillère en medio de los suyos y de los vecinos, fumando su pipa y usando pañuelo para el cuello, de vivos colores. De su mansión había hecho un verdadero museo. Salía raramente del hogar, y cuando en su 80 aniversario tuvo una grande retrospectiva en la Galería Charpentier, hacía doce años que no había estado en París.

El coloso de los dedos ágiles

La víspera de la inauguración el pintor recomendó:

«Jamás he asistido a ceremonias. Sobre todo nada de televisión ni de radio. Sólo pensarlo me pone enfermo. Yo no soy Lollobrigida ni Martina Carol.»

Con respecto al arte abstracto Vlaminck tomó, en su robusto buen sentido, posición contraria:

«Mirad — explicaba —. Nadie pinta con palabras, no se hace música con colores, no se escribe mediante sonidos. Esas maneras de invertir los términos son

Individualismo y alegría

NO es de cementerio nuestro individualismo, ni de tristeza ni de sombras, de dolor y de sufrimiento. Nuestro individualismo es generador de gozo en nosotros y fuera de nosotros. Entonces queremos hallar la alegría donde quiera que sea posible, es decir, en relación con nuestra potencia de investigadores, de realizadores y pugnamos por crearla doquiera que nos sea dado hacerlo, por ejemplo, allá donde hallamos ausentes los prejuicios y convencionalismos de « bien » y « mal ». Sin duda, evolucionamos bajo el signo de la alegría del vivir. Y es precisamente en esto que nosotros queremos dar y recibir alegría y felicidad; huirlas nosotros mismos y ahorrárlas a quienes nos las dan, las lágrimas y el sufrimiento.

Nuestro bienestar interior se pondera en que no estamos aún cansados de la experiencia del vivir, que nosotros estamos individualmente y continuamente dispuestos a intentar nuevas experiencias; a reemprender ésta o aquella que no fué coronada por el éxito, que no nos procuró la satisfacción que habíamos previsto; que existe en nosotros el amor al goce y a la alegría de la vida. Cuando no es la primavera que canta en nuestro fuero íntimo; cuando en el fondo, en los más profundo de nuestro ser no hay flores, ni frutos, ni aspiraciones voluptuosas, es que las cosas están mal y temo que haya llegado el momento de pensar en emprender el viaje hacia los oscuros mundos de los que nadie regresa.

Sí; nuestro individualismo tiene como base el amor a la vida; la satisfacción de vivir fuera, al margen de la ley y de la moral, por encima de la tradición y el servilismo de los prejuicios sociales o cívicos. No es una cuestión de edades. Como los del Olimpo, nuestros dioses se mantienen eternamente bellos y jóvenes. No importa que el otoño vaya hacia el final de su época y que ignoremos si mañana veremos el sol por última vez. Lo esencial es que « hoy » nos sintamos aptos para gozar de la vida.

Existen personas en plena juventud que se proclaman « individualistas ». Lo son, pero su individualismo no nos interesa lo más mínimo. Es mezquino, tímido, incapaz de hacer frente a

la experiencia por medio de la experiencia; pesimista, pedante a fuer de documentado y documentario; brumoso, neurasténico, incoloro y sin calor; no tiene siquiera la fuerza de ir hasta el final del objetivo una vez puesto en el « sendero torcido ». ¡Ah! Cuán feo, triste, gris y pesado es ese individualismo. Que lo guarden para ellos. Nosotros no se lo envidiamos.

Existe el individualismo de quienes procuran gozar dominando, administrando, explotando a sus semejantes, ayuados por su potencia social-gubernamental, monetaria. Es el individualismo de los burgueses. No tiene nada de común con el nuestro.

Existe también el individualismo de los encumbrados que quieren aplastar a quienes están con ellos relacionados, bajo el peso de su superioridad moral, de su cultura intelectual; el individualismo de los « fuertes » (para con los otros, desde luego), de los insensibles; de los vanidosos que no recogen las « piedras doradas »; de los que no lloran y planean en el séptimo cielo del más allá de las fuerzas humanas. Yo me temo que tal no sea, muy simplemente, el individualismo de los sosos y de los pretenciosos, de los « ángeles » a quienes se halla un buen día en el cielo de la mediocridad uniforme, el individualismo de la garza que al fin de cuentas se contenta con una lombriz para calmar sus ambiciones. Ese individualismo tampoco nos interesa.

Nosotros somos partidarios de un individualismo que irradie gozo y benevolencia, como un hogar del cariño y de la ternura. Soleado, incluso en el corazón del crudo invierno. Un individualismo de bacante, que se extienda y desborde, sin curas ni dueños, sin fronteras ridículas. Que no quiere sufrir ni soportar fardos, de la misma manera que no quiere hacer sufrir ni afligir a sus semejantes. Un individualismo que no se siente humillado cuando es llamado a curar las heridas que puede haber causado inconscientemente. ¡Ah! Cuán rico y bello es este individualismo.

¿Qué individualismo es ése de los que provocan sufrimientos, que se apartan cuando llega el momento de convertir en realidad las esperanzas que han suscitado (yo no hablo de las personas para las cuales causar sufrimiento y gozar con esa provocación es una obsesión enfermiza, un estado patológico), sino una triste doctrina de uso corriente en pobres seres que titubean y vacilan, que temen entregarse, tanto y tanto su salud interior deja que desear? Son aquellos a

por E. ARMAND

quienes una desilusión les deja desarmados y que en realidad, de cada diez veces nueve esa desilusión no existe sino en su cerebro de imaginación débil; son los que « recuperan » lo que dan, los que quisieran el río sin sinuosidades, la montaña sin escarpe, el ventisquero sin hendiduras, el océano sin tempestades y los sueños sin despertar. Su individualismo rechaza la batalla a causa de la victoria dudosa. ¡Ah, qué mal individualismo!

Para vivir nuestro individualismo que quiere irradiar y crear el amor a la vida, el gozo del vivir, es preciso ser fuerte, íntimamente fuerte; hay que gozar de buena salud, de muy rica y robusta constitución interna. Todas las personas no son aptas para satisfacer los apetitos de la sensibilidad de aquéllos en quienes la han desencadenado. Para ello es preciso conocerse uno mismo. Es ésta una salud que no depende de un régimen terapéutico ni es obra de imaginación ni se halla en los manuales. Para poseerla es necesario haber sido forjado y reforjado en el yunque de la variedad y de la diversidad de las experiencias de la existencia; haber sido templado y retemplado en el torrente de las acciones y reacciones del entusiasmo por la vida. Es necesario haber amado el gozo de vivir, a tal punto que sea preferible desaparecer antes que renunciar.

Perder el amor al gozo de la vida sería un signo de decadencia, de senilidad irremediable si no tuviéramos más de veinte años.

(Trad.: Fernando Ferrer)



Maurice Vlaminck

reveladoras: rechazos, exasperaciones, impotencia... La pintura pura se encuentra en las tiendas de distribución de colores, en tubos; y el arte abstracto en la desintegración del átomo... La pintura no debe ser interpretada como un juego ingenioso, un sabio

teorema, un vulgar jeroglífico imaginado por los gazmoños del arte por el arte, un mensaje cifrado o colorido.»

Un gran artista

Una noche, tras haber cenado en familia y puestose en cama pronto, cual era su costumbre, sufrió una fuerte crisis cardíaca. Unas horas más, y había expirado. Seguidamente fué inhumado tal como había pedido: en la intimidad, discretamente, sin panegírico.

Según frase de Gerardo Bauer, Vlaminck dejaba « un rostro de hombre y una obra, reconociéndose sus cuadros entre todos, no por lo que tienen de mejor, sino por lo que contienen de más habitual y de costumbre ».

En esta obra, muy importante por ser la obra de un gran pintor ¿qué telas afirmarán más el recuerdo de su autor que no sean los paisajes? Esos paisajes románticos, dramáticos, rebotando patetismo, que con tanta frecuencia pintaba...

A.-V. DE WALLE

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Gros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF

Lenguaje de palabras deshabitadas

SI se quisiera resumir en una frase la situación del mundo actual, bastaría decir: «Es una crisis de vocabulario», ha manifestado aquel científico y poeta que buscaba la síntesis de esos dos mundos, Pierre Mabilie, y agregaba: «Es necesario reconocer las palabras y reinstalarlas en sus altares, en su propio valor. Cuando se ha hablado de no tomar el nombre de Dios en vano, no es cuestión de jurar, sino simplemente de no emplear este vocablo sin darle la expresión exacta. Desde que ha estado unido a todas las aventuras y se ha mezclado en las más dudosas uniones, ha perdido su profundo significado: Dios se fué de su nombre y la palabra Dios está deshabitada».

Y así como esa, otras palabras, muchísimas, están deshabitadas, su contenido ha sido falseado, la realidad se ha retirado de ellas. Muchas veces hemos hablado de esto, de las palabras huecas a fuerza de mentir con ellas, de utilizarlas sin su sentido veraz. Las palabras mal usadas se gastan como las monedas y saben burlarse de quienes las usan en forma tan ineficaz. Remy de Gourmont, entre otros, dijo magníficas cosas sobre las palabras y el lenguaje. Pierre Mabilie, en su «Ensayo sobre el lenguaje» revela nuevos hechos e ilumina las palabras que llegan a tener su contorno preciso. Tienen su luz propia. Pero cuando sobrevienen cataclismos espirituales, políticos o sociales y se rompe cierta armonía entre la civilización y el ambiente, el sentido de las palabras cambia y terminan por perder su precisión, es decir, su consecuencia con su realidad interior.

Mabilie asienta que entonces, los paladines, los filósofos, los falsos poetas y el pueblo comen a martirizar las palabras y a servirse de ellas como de juguetes, no siendo sensibles sino a su música exterior. Los fenómenos de la deformación del lenguaje se presentan por ciclos y cuando las palabras están vacías, muchas otras cosas andan mal. Alguien ha dicho que las palabras son para los idiomas lo que las notas para la música, es decir, la materia prima. El genio, el espíritu de un pueblo está asociado al espíritu de su lengua. La lengua ha de mejorarse y renovarse, pero no llenarla de palabras deshabitadas de sentido.

La esencia del idioma no debe perderse, así como tampoco debe perderse la esencia del pasado, que es la que se incorpora al presente, una vez despojado aquel de todo lo inútil y anacrónico.

Científico de diversas ciencias y poeta, Mabilie quería que en un nivel superior, la ciencia se confundiese con la aprehensión estética del universo, con la poesía y, así, expresando el misterio del cosmos, de la vida, la palabra debía permanecer llena de contenido, de sentido, de realidad y veracidad, nunca deshabitada o hueca. Por esto estamos atravesando un ciclo de descomposición de la palabra,

de la nota de esa música que es el lenguaje.

Perdido el sentido real, el contenido veraz de las palabras, no resulta extraño que se renueve Babel. Quizás la confusión babilónica empezó por la deshabitación de las palabras.

Tal vez hoy muchas conversaciones internacionales, entre ellas las que se refieren al desarme, son incomprensibles. No se llega a acuerdos porque se están utilizando palabras vacías, que han perdido su contenido esencial en el comercio social, como las monedas falsas. Y los pactos pueden convertirse en impactos.

Pudiera ser útil dejar descansar las palabras hasta que vuelvan a adquirir su esencia, su contenido, para que se pueda creer en ellas. Es posible que una temporada de silencio sea, en ciertos momentos, más conveniente que ese exceso de palabras que se viene gastando en el mundo. Hay una locuacidad deplorable en los más diversos co-

mercios humanos. En veces, las que deberían ser más serias y exactas consideraciones sobre variados problemas, se convierten en grotescas manifestaciones verbalistas, en verborrea inservible porque a nadie engaña siquiera. Con todo, no deja de haber cierta comicidad en estos esfuerzos por decir palabras que nada significan o en las que nadie cree.

Mabilie, que exploró mundos científicos y poéticos en Europa y en las Antillas y que se solidarizó con el surrealismo, insinuaba hace sólo siete años, poco antes de su muerte, que la civilización naciente de la era atómica tendrá un lenguaje distinto, en el que las palabras serán revalorizadas, devueltas a su exactitud plena, a su íntima esencia para que tengan el calor de una fe nueva.

Parece que la línea de demarcación entre la verdad y la mentira se va haciendo de difícil percepción y no faltan quienes pidan una revisión de tanta mentira, de tanta fábula como ha nacido aún de las mismas canteras científicas. La vanidad y la arrogancia no han dejado de tomar parte en los excesos de palabras sin sentido y en las fábulas de un tiempo que tiene muchos recursos para ser más exacto.

Esto es, según los comentadores más sagaces del minuto del mundo, parte del drama de una cultura que ha conocido los más brillantes éxitos y medios de expan-

por José NUCETE SARDI

sión de sus posibilidades renovadoras, de una cultura que está llamada a una transmutación total. Lo que parecía inmutable se hace cambiante.

Las palabras usadas sin precisión contribuyen a ese escepticismo un tanto irónico que rodea muchos hechos de nuestro tiempo y que resta efectividad a los propósitos. Mientras no se restablezca el verdadero sentido de las palabras y que ellas respondan a la ética de su contenido, continuará el malentendido en toda su potencia y extensión, el embrollo interminable de la pseudo ciencia, de la política incomprensiva, del desacuerdo, de la falta de conciencia moral y de las verdades imperantes porque se escuchan entre un conflicto de dudas, de suspicacias y de inexactitudes.

En un mundo con todos los recursos para la aprehensión de la verdad, ésta no logra siempre demarcar su contorno entre las fábulas, se vive en una crisis de vocabulario, indudablemente peligrosa por sí misma y porque ella es origen cierto de otras muchas, en este fluir creciente de «palabras deshabitadas»...

Caracas, Venezuela.



La Pantalla



" A LAS CINCO DE LA TARDE "

A Juan Antonio Bardem se deben las películas «Esa pareja feliz», «Cómicos», «Muerte de un ciclista», «Calle Mayor», «La venganza», «Sonatas», y ahora da a conocer al público «A las cinco de la tarde».

— ¿Has hecho, hasta ahora, el cine que has querido?

— No me ha sido posible llegar, en profundidad, al límite que yo deseaba.

— ¿Quién o qué lo impidió?

— Circunstancias ajenas a mi voluntad.

— ¿Lo ves todo negro?

— Al contrario, soy profundamente optimista.

— ¿Tu cine es por un mundo mejor?

— Al menos yo pongo mi pequeño grano de arena para solicitar una mayor solidaridad entre los hombres.

— ¿Tanta importancia le das al cine?

— Sí, creo que es realmente importante; es más, me parece la más fabulosa forma de expresión que ha inventado el hombre. El problema está en sustraerlo de la degradación a la que cotidianamente está sometido, e intentar ensalzarlo a su verdadera dimensión cultural.

— ¿No haces películas para entretenernos?

— Sí, pero no sólo para eso; o tal vez para una forma de entretenimiento superior. No se trata sólo de aletargar al espectador sino más bien despertarlo.

— ¿Te comprenden siempre?

— Si no comprenden no es culpa mía, en la medida en que soy incapaz o me es imposible hablar con la claridad que el espectador necesita.

— ¿Crees que el espectador es ingenuo?

— No lo sé; lo que sí creo que es inocente.

— ¿Te conviene la discusión constante de tus películas?

— Sí, por dos razones: una, porque no me gusta que la bondad o la maldad de las cosas me sean señaladas por el dedo inflexible, y otra, porque un diálogo es siempre oportuno, conveniente, saludable y esclarecedor.

— ¿A qué público te diriges?

— En principio mi intención es dirigirme a todo el mundo; pero por otra parte, tengo la impresión de que debido a la especial estructura de la economía cinematográfica, tanto aquí como en cualquier otro país, «el público» queda restringido a la alta y media burguesía de las grandes ciudades.

— ¿Acaso no se proyectan tus películas en todos los pueblos hispánicos?

— Sí, pero la carrera comercial de una película queda decidida, en la gran mayoría de los casos, por el público de estreno de Madrid y Barcelona, sobre todo.

— Y este público de estreno ¿qué película quiere?



— La experiencia diaria demuestra que «ese público» prefiere un tipo de cine digestivo, adormecedor, que no moleste ni perturbe ni su comodidad ni sus ideas establecidas del mundo y de las cosas.

— ¿Eso ocurrirá con «A las cinco de la tarde»?

— No lo sé.

— ¿Qué has querido hacer?

— Mostrar una forma específica de explotación del hombre.

— ¿Vamos a verla?

— Vela tú, que yo ya la he visto muchas veces.

En prueba privada la vimos. Terminada la proyección, hubo un coloquio más que movido... Bardem me preguntó:

— ¿Qué te ha parecido?

— Para mí, bien; película necesaria.

— ¿Qué crees se va a discutir más: la forma o el fondo?

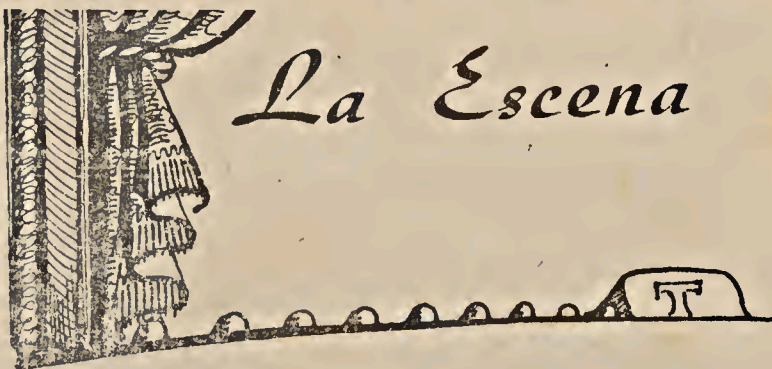
— La forma, indiscutible; en cuanto al fondo, habrá eso que se dice en términos taurinos: «división de opiniones».

— Esa división de opiniones, ¿de qué depende?

— Del lado de la barrera en que esté el que mire...

Interviu al autor por Del Arco. Texto extraído de «La Vanguardia» de Barcelona por nuestro corresponsal artístico de la misma ciudad. — (N.D.L.R.)

La Escena



" No es correcto estrangular las señoras "

SEGUN el señor Vazary, autor, Alvaro de la Iglesia, traductor, y la compañía del Goya, con cuya tesis estamos de acuerdo, máxime pudiendo extenderla al punto de que sería incorrecto ahorcar a los señores Vazary y Alvaro de la Iglesia por su delito de lesa estética teatralista.

El «Matrimonio sin hijos» de Eduardo Arana puede verse — si se dan prisa — en el Cómico merced a la formación José Vilar-Carmen Robles, que exhibe el matrimonio para que a su costa ustedes «se rian las tripas»... Con desearle que su matrimonio escénico no se le traduzca en existencia real en su propia casa, creemos ser lo suficiente indulgentes para con el señor Arana.

Una mujer embutera generalmente incomoda e irrita a los hombres serios. Y sin embargo, esos entes respetables, pero exigentes, se rien hasta el desplante de la camisa con «La embutera» de Diego Fabbri (italiano), traducida con buen estilo por Diego Hurtado. El argumento, insustancial de suyo, no vale la pena ser retenido. Una gracia engarzada a otra, y una mujer airosa — Mary Carrillo — las exalta todas. Comentario público: favorable, sin más. Esta obra se da en el Recoletos.

«Cerca de las estrellas» intenta conducirnos el autor Ricardo López Aranda mediante la compañía del María Guerrero y en este mismo coliseo. La ambición de llevarnos a las estrellas es, de por sí, noble, y aunque el autor no consiga su propósito, cuando menos alcanza a satisfacerlos con una obra de mrito teatral en la que la verborrea no tiene audiencia y en cuya trama — ligeramente dramática — reparos a las imperfecciones sociales se manifiestan, lo más humanamente y ciertamente posible. López Aranda — muchacho de 23 años — da a pensar en un valor dramático en ciernes destinado a robustecer al teatro según lo hacen — cada uno a su manera — Buero Vallejo y Alfonso Sastre.

Sin más novedad es de Madrid (acusamos la presencia de la compañía de la Comedia Francesa, muy bien recibida con entradas medias en la Zarzuela), cumplenos dar relación de lo acontecido en estrenos en Barcelona.

En el Palacio de la Música Catalana la Agrupación Dramática de Barcelona ha presentado una novedad en lengua vernácula original de un escritor de gran-

des ambiciones renovadoras, Juan Brossa. Brossa se acredita en esta obra — «Or i sal» — de poeta, pensador y filósofo, es decir, de hombre preocupado por el sentido de la vida y de las irregularidades que la misma presenta. Su idea el mismo la plasma: «En la vida no siempre las esferas de los conflictos presentan un planteamiento, un desarrollo y una culminación adecuada. A veces tenemos que pagar por aquello que nos sobra; o, al revés, se tributa por lo que nos falta». En el desarrollo de la comedia Brossa peca, a veces, de conceptuoso, como picado de trascendentalismo. La trama no la ofrece coordinada, a simple vista voluntariamente. Algo sutil, sin embargo, prima en «Or i sal» que hermana los tres actos. La mano ligera de Brossa es innegable. Y su deseo de impulsar el teatro catalán con aportaciones fuera de lo anodino igualmente. Esta pretensión parece conseguida dada la expectación despertada por «Or i sal», de antemano interpretada como base para el renacer del «verso» en lengua catalana. Lástima que Brossa, imbuido de altitud literaria, no considere la verdad del teatro popular que tanto aliento tuvo con los autores de principios de siglo. Para mejor adornar el panorama, acudió Antonio Tapies con su escenografía indescifrable. Valiente todo ello.

En el Barcelona se presentó Lili Murati con la comedia «Operación divorcio», de Luis Tejedor, esforzado productor de banalidades no enfadosas, no escasas en gracejo de buen castellano. El argumento de ahora, «americano», con escena de alcoba trucada para efectos de divorcio. Como se ve, nada del otro mundo, y todo del que nos aguanta. El público aguantó bien la obra, mitad por la soltura de la misma, mitad por la gracia de Lili, a la cual la pieza le sienta como hecha a medida.

«Coplas de la Rosa Pinzón» las ha estrenado la cancionista Juanita Reyes en el Calderón ante un auditorio espeso de cultores

● Termina en pág. 18 ●

Familiaridad con los músicos

EDUARDO LALO



AUNQUE nacido en Lille el 27 de enero de 1823, Eduardo Lalo descende de españoles, revelándolo evidentemente su rostro regular y bien parecido y su negra barba, por lo demás escrupulosamente bien cuidada.

Su padre había servido como oficial en el ejército de Napoleón. Era un militar impetuoso y feroz que había escogido, una vez por todas y sin derecho a réplica, la carrera de las armas para su hijo.

Mas ¿por qué la madre de Eduardo hizo aprender a éste el ejercicio del violín? ¿Y por qué razón en el Conservatorio de Lille se le dejó, al muchacho, estudiar bajo la dirección de maestros cuales Muller y Baumann, una carrera en la cual realizaba grandes progresos?

Un día la tempestad estalló, inevitable:

— ¡Tú entrarás en el ejército igual que yo!

— ¡No! Yo quiero ser músico.

Lalo padre gritó mucho y más alto que su hijo. Sin embargo Eduardo no se doblegó a las exigencias de su progenitor, a cuya cólera correspondió abandonando el hogar y emprendiendo viaje hacia París. El joven Lalo había cordialmente decidido no ser jamás un arrastrables.

En esos momentos Eduardo Lalo tenía 16 años, edad en la que había terminado brillantemente sus estudios de violín. Empero, no disponía de sostén monetario, no se perfilaba para él ninguna situación, quedándole, por otra parte, mucho que aprender en el oficio.

A la capital llegó en hombre ardiente, inconformista, hinchado de esperanzas y ambiciones, no hallando, en primer lugar, más que imposibilidades y miseria, una miseria pegadiza, deprimente, tanto más lamentable y sin remedio por haber sido total y definitiva la ruptura con sus padres.

Vivió entonces como pudo, al día, luego a la semana, dando lecciones particulares, tocando en cafés y salas pequeñas, cuando podía y donde saliese. No obstante, poco a poco la calidad de su técnica facilitó una reputación que le permitió ser admitido en un cuarteto musical de crédito.

Ya estabilizado, Eduardo Lalo ambicionó ser algo más que un simple ejecutante, que un intérprete de músicas ajenas. Se veía con fuerzas e inspiración suficientes para llegar a ser compositor. Con esta idea aprovechaba momentos libres para seguir los cursos del Conservatorio de París en la clase de Habeneck, acabando por fijar en el pentágono las notas que cantaban en su corazón. Así escribió mucha música de cámara, sonatas, tríos, pero ¡ay!, todo esto no se daba en los conciertos.

En 1865 Lalo encontró una joven bretona que, convertida en su esposa, le infundió confianza en el porvenir. Es esta mujer de grata compañía la que le contó en la intimidad hogareña la extraña leyenda de la villa de Ys, siendo esta misma compañera la que le había de colmar de felicidad dándole un hijo, Pedro Lalo,

(1866-1943) que llegaría a ser un crítico musical de gran autoridad en la Prensa francesa.

En 1869 se abrió concurso en París para escoger una obra de teatro. Con este motivo Lalo decidió probar suerte presentando una ópera suya basada en un drama de Schiller: «Fiesque», teniendo la suerte de que su partitura fuese escogida... sin llegar a ser representada. La guerra de 1870 extendió su luto a los teatros, cayendo la obra de Lalo en el olvido de los cajones de un director de teatro.

Lalo nunca había escrito para la escena y a partir de este inmediato fracaso renunció a hacerlo en adelante. Su pasión fueron las sinfonías: «Le divertissement» (1872), la «Sinfonía española» (1875), la «Rapsodia noruega» (1879), siendo a este respecto que el éxito quiso sonreírle, no en Francia, sino en el extranjero, donde se le apreciaba la música, que era ejecutada en los conciertos. El violinista español Pablo Sarasate le hizo aclamar, a partir de 1874, en Inglaterra, en el National Concert y en la London Philharmonic Society.

Entretanto y a partir de 1878,

Lalo trabajó en la leyenda bretona que su mujer le había contado, no terminándola hasta 1886. En el interregno, en la Ópera estrenó «Namuna» (1882) ante una sala hostil, apuntándose un nuevo fracaso público.

Cuando en 7 de mayo de 1888 «El rey de Ys» afrontó al «respetable» en la Ópera Cómica, Lalo, al cual la suerte se le había mostrado tan esquiva y cuya salud estaba tan resentida, acudió al estreno sin pizca de optimismo. Por paradoja, la sala acogió la nueva partitura de Lalo entusiasmada, con las galas del triunfo, asignando a «El rey de Ys» el carácter de revelación brillante, o, según precisa Camilo Bellaigue, como «una de las tres obras maestras de nuestra música de teatro».

Cuatro años más tarde (el 22 de abril de 1892) Lalo moría dejando inacabada una última obra que no vio la luz. Pero su música, sólida y ligera a la vez, graciosa y ritmada, simple y potente de «El rey de Ys», ¿no es suficiente para eternizarle la gloria que un día tanto se le regateara?

RELIGIS SAINT-HELLIER

LA ESCENA

● Viene de la pág. 17 ●

del arte frívolo. Cual título sugiere, las «Coplas de la Rosa Pinzón» son una retahíla de canciones unidas por el hilo — delgadísimo — de un argumento banal. Lo que importa es la música jaranera, sensiblera a veces, dulzarrona otras, pero siempre del gusto de las gentes que frecuentan esos espectáculos. Las «Coplas» le caen a Juanita igual que a la Murati la «Operación divorcio» a que acabamos de referirnos. No obstante, una sesión de «variedades» (las «Coplas» no son otra cosa) da margen para que toda una pléyade de artistas luzcan sus méritos en canto, danza y recitado, y aquí tenemos a los Manolito Díaz, actor excelentísimo; Marisa Montesinos, Beni de Cádiz y Heredia, balladores; Pardo y Samuel Martín, guitarristas; Maruja Framis y Manolo Gómez, muy necesarios para «argumentar» la escena. Una ridiculez de Juanita Reyes: el haber aparecido en escena tocada con el lazo de la Orden de Isabel (a) La Católica, que le concedió Franco. Por su guapeza Juanita podía prescindir de eso.

Julio Zarraluqui es otro joven autor que ha estrenado y «se ha estrenado» en el Candilejas con «Gustavo». La sala — pequeña — se llenó con creces, bastando ello como estímulo al novel escritor para ir presentando lo que tiene en cartera. Zarraluqui comenta el adulterio, y parece inclinado a aceptarlo por

humanismo en lugar de seguir las trazas sangrientas del vindicativo Echegaray. Penetración, Zarraluqui tiene, pero no la suficiente para dejar definido el tema. Mas en amor, ¿quién se atreve al amor ponerle las peras a cuarto?

Matilde Almendros y su compañía dieron suficiente realce a la obra para que ésta fuese apreciada debidamente por el respetable.

Gógol en el Candilejas a través de una adaptación catalana de José María de Sagarra. La obra gogolense no es otra que «El casamiento», la cual el comedígrafo catalán ha convertido en «El fiscal Requesens». El tema, muy respetado trasladado a la Barcelona principios de siglo, no pareciendo desencajado el asunto a pesar de las diferencias temperamentales entre lo catalán y lo ruso. El acto trascendental de la unión del hombre con la mujer preocupa en todo lugar del mundo, y el mundillo de Barcelona en este aspecto no difiere del de San Petersburgo. Tal vez disuene un algo la finura estilística de Sagarra del fondo dramático que trasluce la comedia rusa. Pero el propósito de fidelidad a la fuerte literatura de Gógol no queda menos conseguido. Por el resto, buena actuación ante un público agradecido y numeroso. El decorado — atinado — es obra del escenógrafo Pou Vila. — C.

MESA REVUELTA

El general norteamericano Schomburg cree haber descubierto que el pánico de las gentes se debe al « gas del miedo ». Evaporado este gas, todo el mundo es valiente. Teoría aplicable al ejército yanqui. Pero ¿y si también el ejército enemigo se desgasca? ¿No sería mejor engasar miedo a todos los ejércitos para acabar de una vez con las guerras?



De Milán lo dicen.
El ciudadano Miglione usa jersey rojo cual es su perfectísimo derecho. Iba a cruzar la vía y se dió cuenta de que un tren venía, y se contuvo en espera. A su vez el tren se paró, pues el maquinista advirtió la señal roja de supuesto peligro. Fué la guardabarrera la que dió solución al conflicto. Pero la autoridad judicial interviene para dar continuidad gravosa al incidente.



Rozadura de dos coches en la autorruta Sur con abolladuras. La policía motorizada toma la filiación del responsable, que, nombre aparte, resulta ser americano oriundo de Inglaterra, representando en Francia a una casa comercial austriaca con sede en Alemania, habitando, el inculminado, en Suiza...



Otro galimatías:
En el tribunal de Johannesburgo el presidente tiene dudas acerca de la moralidad dinerística del acusado. Y le pregunta: ¿De dónde procede el dinero con que usted paga la pensión obligada a su anterior esposa? Respuesta: «De mi mujer actual». Presidente: «Y de dónde saca, su actual mujer, ese dinero?» Procesado: «De su primer marido».



«Es tan alto que le da vértigo mirar el suelo.»
«Es tan pequeño que se cree a la altura de los dioses.»
«No hay jardín sin flores ni pedancio sin adoradores.»
«Vale más pájaro volando que caído en la cacerola.»
«El mucho trapío no esconde lo vacío.»
«Pancho Lito corre mucho y no se mueve de sitio.»
«Nunca será colosal Mero Fulano de Tal.»
«No le es dable al pazguato salir del anonimato.»
«De la nariz a los labios no siempre el pelo es de sabios.»
«Más dijo en un minuto Canora que Papa Gayo en una hora.»

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^e), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

	NF.		
«Pensamiento vivo de Luis Vives», Joaquín Xirau ..	5 00	«L'aurore de la civilisation» (ou l'Angleterre au XXe siècle, C. C. Spencer (Traducción del inglés por A. Naquet, con una dedicatoria del traductor)	6 90
«Pensamiento vivo de Andres Bello», Germán Arciniegas	5 00	«Errico Malatesta» (biografía), M. Nettelau	2,—
«Antología de la poesía española contemporánea», H. Pardellans ..	4 00	«Criadero de curas, Las doce pruebas de la inexistencia de Dios», A. Sawa, S. Faure	1,50
«Antología de la prosa narrativa española contemporánea», Pardellans	4 00	«Estatismo y Anarquía», M. Bakunin	3,—
«Barret y su obra»	1 20	«El Pueblo», Anselmo Lorenzo	1,75
LIBROS VARIOS		«Conflictos entre la religión y la ciencia», Draper	1,30
« Discours aux sourds », Guillermo Ferrero	3 50	«La Indomable», Federica Montseny	1,40
« La coopérative ouvrière dans la révolution national », Louis Soulé	2 50	«Pensamiento vivo de Concepción Arenal», Clara Campoamor	5,—
« Le militarisme et la société moderne », G. Ferrero	6 50	« A travers la jungle politique et littéraire », Victor Méric	4 00
« La flagellation et les perversions sexuelles », A. Lorulot ..	7 50	« Mouvements ouvriers et socialistes », René Lamberet	4 65
« La légende de Pablo Casals », A. Conte	4 00	« Le consulat polonais », Maurice Joyeux	6 20
« Conversations avec Pablo Casals », J. M. Corredor	8 00	« Le peuple des immortels », C. V. Cheorghiu	4 95
OCASIONES		« Jesus-Christ a-t-il existé? G. Las Vergnas	5 00
« En route vers l'abondance », Jacques Dubois	3 00	« La fin douloureuse de Sébastien Faure, apôtre libertaire de la paix »	5 00
« L'envers de la guerre », Michel Corday	4 00	«El Nuevo Israel», A. Souchy	5,—
« L'intrigue florentine », R. de Marmande	2 80	«El Japón, Hoy», V. García	2,50
« Un mineur français chez les russes », Kleber Legay	2 00	«En medio de los escombros», Conrado Lizcano ..	3,80
« Ce qu'on appelle la crise », J. Duboin	2 80	«Salvador Seguí, su vida, su obra»	3,50
« Le Peuple Roi, ou grandeur et misères de la démocratie » V. Rossell	2 50	«Crónica de un revolucionario», Pedro Vallina	2,80
« Lettre à François Mauriac », M. Bardèche	2 00	«Noche sobre España», Juan M. Molina	4,—
«Pierre Kropotkine, le prince anarchiste », Avakoumovitch ..	6 00	«La hora del juicio final», Carlos Monreal	5,—
« La nouvelle classe dirigente », Milovan Djilas	7 50	«Las Ruinas de Palmira», Volney (cartón)	6,50
«La physiologie morale», G. Chaterton Hill	6 00	«La isla de los pinguinos», A. France	4,—
« Oeuvres-jours d'exil », (3 vols.), E. Coderoy	15 00	«Naufragos», Adrián del Valle	1,75
« Guerre ou révolution », Georges Valois	3 50	«Historia del Movimiento Machnovista», P. Archinoff	3,—
« La cité future » (Essai d'une utopie future), Ernest Tarbouch	5 50	Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, Paris (10 ^e). CCP Paris 4308 09	
« L'abondance » (conférences), Divers	2 50		

NOTICIARIO

Confiado por el maestro Mendoza Lasalde a la Prensa: «De los tres millones de pesetas que he perdido en el Teatro de la Zarzuela, los que más siento, por estériles, son los que se ha llevado la Sociedad de Autores, que a lo que parece no piensa más que en llenar bolsa».

En Nueva York se ha vendido un « Quijote », primera edición, en 2.640.000 pesetas.

Falleció en Barcelona el escritor y filólogo catalán Manuel de Montoliu y Togores. Había empezado de redactor en «El Poble Català» de Barcelona y ha terminado en profesor honorario de la «Universidad Laboral Francisco Franco» de Tarragona.

En Madrid ha sido oficialmente inaugurada una estatua callejera del general San Martín, el mismo que proclamó la independencia de la Argentina previa derrota de las tropas españolas.

También en Madrid ha tenido lugar una «Semana filipina de Rizal», con varias conferencias loando al doctor Rizal, mártir filipino de la intolerancia española, la misma que mató a García Lorca, a Carlos Rahola y al poeta Hernández.

En un cine de Madrid y otro de Barcelona ha sido estrenada la película «A las cinco de la tarde», de Bardem.

Ha habido exposición internacional de rosas en Madrid, con superior aportación de los jardineros catalanes y valencianos.

Los serenos de Barcelona se asoman, literariamente, a su historia. Por datos logrados saben que su Cuerpo fue fundado en 1785, empezando a actuar en 1786 con el «Alabado sea Dios, las 11 han dado, serenos». No resumen las veces que desde entonces acá han perdido la serenidad los serenos.

La revista hispanomejicana «Tierra y Libertad» últimamente llegada a esta casa, contiene abundantes y selectas colaboraciones y dibujos correspondientes a más de cuarenta autores.

El tenor Emilio Vendrell ha sido homenajeado en Barcelona. Contribuyeron al homenaje Marcos Redondo, Hipólito Lázaro, Mercedes Plantada, María Espinall, el maestro Millet, la cobbia Principal de Badalona, algunos grupos de danza (esbarts) y una masa orfeónica de 1.500 voces.

A punto de aparecer: «Raúl Carballeira. Contribución a una biografía».

Relato amical y justo de la vida y muerte de un joven idealista hecho por el escritor Víctor García.

PARA empujarle a uno profesionalmente de mucho sirve la propaganda. Escandalosamente un periodista francés dijo que, aparte contados casos, la grandeza artística de los actores de cine son de creación periodística.

Chaplin escapa, entre otros, a la regla establecida por el plumífero galo. Arrancó tema al drama de la vida y supo presentarlo, graciosamente, humanizadamente, a la consideración de sus semejantes. Reír a Charlot, reírlo solamente, es asunto de idiotas. Asombrarse únicamente por sus cualidades técnicas, es el colmo del cerebralismo. Solazarse y aprender en la obra de Chaplin, es acreditarse de espectador completo.

Visto y comprobado, nuestro gran cómico, nuestro filósofo de la risa, no necesita de nadie el reclamo; no le han importado los monstruosos dispositivos propagandísticos de las grandes firmas comerciales. Cuando el público mundial reía a carcajada batiente las nonadas de mil Salustianos ávidos de ganarse el sustento (un derecho que a nadie se discute) en el celuloide, Chaplin introdujo su «Charlot», suerte de tipo psicológico que publicaba en el lienzo sus observaciones, sus estudios sobre las defectuosidades y las virtudes ya de las gentes humildes ya de las personas encumbradas. La crítica social ejercida por el «Charlot» que conocemos está llena de amor, de solicitud por los desposeídos, los siempre burlados, pero manifestado con una suavidad, y con una tristeza tan sublimes, que no podía menos que arrebatarse a un mundo de sufrimientos y de indisponer a clanes de pudientes sin inteligencia, causa suficiente para que en Estados Unidos de Norteamérica el capitalismo acusara a Chaplin de elemento disolvente, de cómico propicio a todas las soviéticas, sin pararse a meditar para comprender, lo que comprender no deseaba, esto es, que en la U.R.S.S. a Chaplin no le hubiesen permitido realizar su ejemplar producción «Tiempos Modernos».

La estima de los grandes públicos a «Charlot» no se la quita nadie, pero a Chaplin ese mismo fervor popular le acarrea el contragolpe de una tierra prohibida y de una campaña insana, malévol, que la inmoralidad justifica en la «amoralidad» del cómico casado cuatro veces y descasado tres, ese recurso divorciatorio de «vedettes» cinemáticas que permite notoriedad novel o mantenida, cuando en Chaplin se trató de la búsqueda de la felicidad hogareña que tanto cuenta en el haber humano. Así nuestro hombre puede decir sin énfasis, con aplomo de persona que está en lo suyo, «He sido tema de más artículos y de más inexactitudes que la mayoría de mis contemporáneos, y he disfrutado de ese estado paradójico del hombre conocido por todos y a quien nadie conoce». Y aún: No me preocupan las indirectas, las censuras, ni otra cosa de ese tipo. Toda la vida he estado como

CHARLIE CHAPLIN

una carpa en una pecera, a la vista de todos. Han invadido tantas veces mi vida privada que esta vez he corrido las cortinas para siempre». Indudablemente «esta vez» es su unión con Oona O'Neill, hija del famoso dramaturgo y novelista americano, con la cual tiene amable reposo de vida con una hermosa presencia de siete hi-

samente, le insisten para que los siembre a manos llenas en un empezar de justicia social que sus incriminadores no seguirían. Ya en nuestros años mozos se hizo decir sandez parecida al barón de Rothschild: «Si reparto mi fortuna equitativamente a todos los desheredados de la tierra tocará a cinco francos por cabeza, de ma-



jos. Una forma interesante de ilustrarse la vejez, cuando la vejez es para muchísimos una arpa tan viscosa y uñosa que da asco presenciarla y pánico sufrirla.

Los días de miseria londinense para Charlie Chaplin están lejanos, no tanto, empero, para que no los sienta en la piel de los infortunados de hoy. Malévolamente, sus enemigos le atribuyen un caudal de millones de libras esterlinas y aviesamente, rencoro-

nera que para no resolver el problema de la miseria renuncio a desparramar mi fortuna». ¿Tan romos son de entendederas, o tan apergaminados de corazón están los representantes del capitalismo? ¿Nunca llegarán a comprender que con esta persistencia anacrónica el comunismo les adelanta, no para una justicia estable, sino para una suplantación en el negocio del Estado?

Lo más suavemente posible Charlie Chaplin ha ido desggran-

do su anarquismo, su disgusto de la vida social consuetudinaria, su ferviente deseo de que la alegría de existir comprenda a todos, sin exclusión de nadie, lejos de la concepción absurda de ricos y pobres, de dominados e impositores. Así aceptado, es posible que la melancolía charlotesca tenga por causa el fatalismo que indica que, para los desafortunados, con régimen azul o rojo, no hay resurrección posible. Y así, desde su magna residencia de Vevey, el viejo cineasta puede exclamar: «La comedia es la vida contemplada a distancia; la tragedia es la vida en sí misma».

Y en medio de la desesperanza de nuestros días Chaplin piensa en la capacidad de penetración de las nuevas generaciones, en los bienhechos de la evolución, suponiéndose un fragmento de esta verdad lenta por experiencia personal registrada. «Aún no acierto a hablar fácilmente de los tiempos de mi niñez —afirma— en los que pienso muy a menudo. Los recuerdos de mi orfandad son todavía muy vívidos... Sin duda alguna, las primeras experiencias acompañan a las personas durante su vida dando forma al futuro de cada uno. La educación y el ambiente son una gran defensa para los niños, dándoles la mejor iniciación posible. El ambiente sobre todo, forma sus vidas, aunque, naturalmente, no garantiza nada. Un hombre puede haber tenido una infancia desgraciada y llegar a ser feliz en la madurez. Y también puede haber nacido con una cuchara de oro en la boca y sentirse durante toda su vida como si se la hubiera tragado». Ciertamente, un sistema de equidad podría elevar a unos sin desgraciarse a otros. La igualdad evitaría que los ricos de hoy tuvieran que tragarse la cuchara de oro o cederla a otros herederos de la eterna injusticia.

Inútil que a Chaplin se le atribuya a una escuela política cualquiera. Si partido tuviera sería el de la comprensión y de la tolerancia, y ese partido no está organizado. «Existe amabilidad en la naturaleza de todo el mundo y es asunto de comprensión hacer el mayor uso de ella. La inteligencia sin la simpatía no lleva lejos». Acercamiento a Tolstói más que a las doctrinas de desespero, por muy fundamentada que sea su justicia. «He comprendido la comedia humana —vuelve a agregar— con acompañamiento de tragedia. Por esto políticamente no puedo ser pasivo. Ignorar la situación política es esconder la cabeza en la arena. Sería estar loco tratar de ignorar aquello de lo que todos formamos parte... Rechaza sonriendo el calificativo de comunista, esa cosa exageradamente autoritaria. «Mejor soy un desconocer de las leyes, un refractario, un iconoclasta».

Será interesante leer las Memorias que este hombre de una humanidad extraordinaria ya debe tener escritas.

SILVIA CHAVES